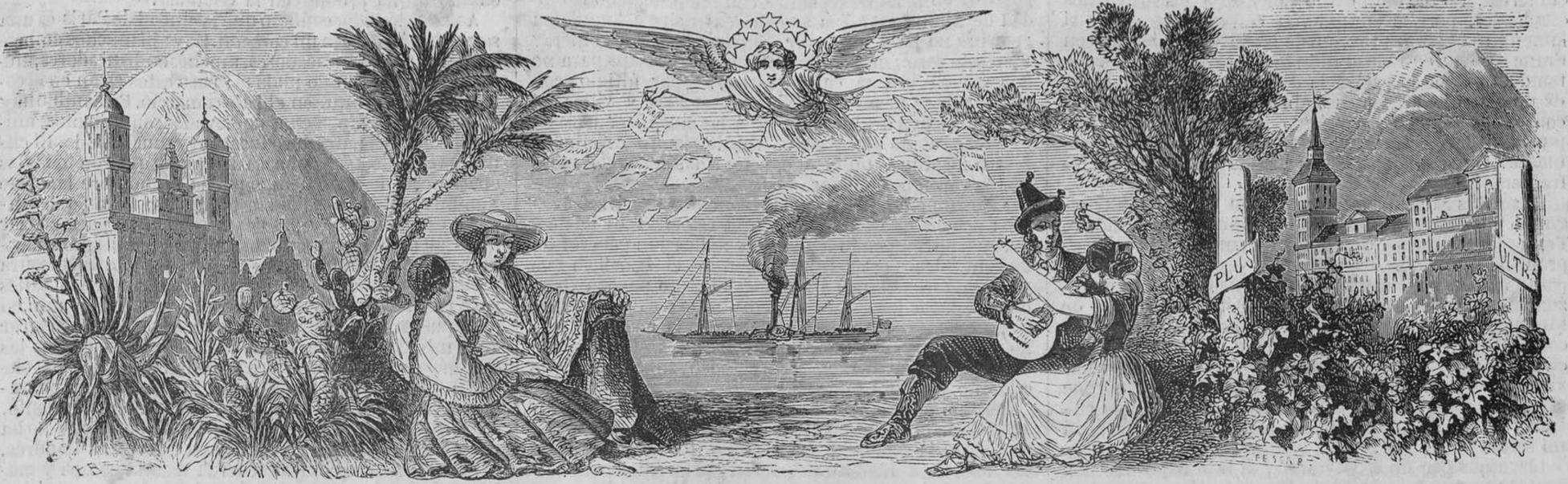


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1855. — Tomo V.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.
Administracion general, calle del faubourg Montmartre, n° 10, en Paris.

Año 14. — N° 129.

SUMARIO.

Entierro de los muertos en Sebastopol; grabado. — De Madrid á Newcastle. — Revista de Paris. — Letrilla. — Re-compensas concedidas á los militares ingleses en la Crimea; grabado. — Exposicion universal de bellas-artes; grabado. — Carta á un autor dramático en futuro. Anécdota. — Las borrascas de viento y nieve en la Crimea. — Sebastopol; grabados. — A una Estrella. — A Corina. — A Tirsá. — La Ingratitud. — La casita del Soto. — Celebracion de las fiestas de San Juan en Florencia; grabados. — Obras públicas en Marsella; grabado. — Birma y los ingleses. — Revista de la moda. — Recuerdos de la Bretaña; grabados.

Entierro de los muertos en Sebastopol.

Al enviar el dibujo de esta página, M. Durand-Brager escribe lo siguiente:

« Después de las acciones del 2 y del 3 de mayo un parlamentario pidió un armisticio para recoger los muertos. Los rusos vinieron á tomar los suyos, y los nues-

tros fueron llevados detrás de la primera paralela; la proporcion era cuando ménos de cinco rusos por un francés.

» A las doce de la noche, por un tiempo magnífico y á la claridad de una luna esplendente, el valeroso y digno capellan de la trinchera, el abate Profillet, perteneciente á los capellanes de la marina, llegaba sobre el terreno donde estaban depositados nuestros valientes y desgraciados soldados; los trabajadores á quienes se habia encomendado este servicio abrian las zanjas donde iban á enterrarse los cadáveres, y despues de la bendicion se cubrian con cal esos restos gloriosos.

» Este servicio religioso se hacia al estampido del cañon, al resplandor de las bombas y de las granadas que á veces estallaban junto á los espectadores ó pasaban silbando sobre sus cabezas.

» A las tres de la mañana todo estaba ya concluido, y un centenar de valientes yacian bajo la tierra que habia sido teatro de su heroísmo. »

De Madrid á Newcastle.

(Artículo cuarto.)

Quando entré en Francia habia nevado mucho y nevaba mucho mas; pero por fortuna, como dije en mi anterior artículo, en este país hay excelentes caminos y además, habiéndose prolongado el ferro-carril de Burdeos hasta Dax, solo tuve que andar algunas leguas en diligencia ú ómnibus. Pero, como indiqué tambien en el artículo anterior, los sinsabores del viaje, léjos de cesar, solo habian tenido un cambio. Los peligros de la vida pasaron al bolsillo, esa segunda vida del viajero que no puede atravesar los países industriales é industriosos sin hallar en cada paso un precipicio.

En primer lugar los empleados de la aduana registraron mis baules, como es costumbre, y solo encontraron dos géneros cuya introduccion estaba prohibida. Consistia uno de estos géneros en dos cubiertos de plata, marcados con mis iniciales, acreditando así que yo los llevaba ó los traia para mi propio uso y no para



Entierro de los soldados franceses muertos en el combate del 2 de mayo delante de Sebastopol.

comerciar con ellos. Pero nada valió: los empleados de la aduana me dijeron que dichos cubiertos no podían entrar enteros, y en efecto, los partieron por la mitad, con lo cual quedaron útiles para viajar, aunque inútiles para el uso á que en todas partes se consagran los cubiertos. No haré un cargo por esto á los susodichos empleados, porque cumplieron con su deber; pero sí lamentaré el lento progreso de las ideas económicas en Francia como en todo el mundo; y si no fuera porque temo abusar de la paciencia de mis lectores, en lugar de un artículo de viajes habia de hacer una sátira contra las aduanas. ¿Cuándo llegará el día en que pueda un hombre atravesar todas las fronteras libremente! O por mejor decir: ¿cuándo desaparecerán las fronteras!

Pero estas exclamaciones vendrían mejor para el segundo percance que tuve en la aduana de Behovia. Traía yo algunas cajetillas de cigarros, género mas prohibido aun que los cubiertos, y estas no pudieron pasar adelante ni enteras ni fraccionadas, por cuya razon se quedaron allí, no para sufrir la operación de los cubiertos, sino para que otros hayan fumado á mi costa. Otra vez he de poner también mis iniciales á los cigarros, á ver si los reconocen por míos y me los devuelven, aunque sería inútil esta precaución, porque si habian de hacerlos pedazos para permitirles la entrada, más vale que se queden con ellos y los gasten á mi salud.

Llegamos por fin á Bayona, y al ir á bajar me encontré con que no solo podía fijar los pies en los estribos del carruaje sino en una silla que para mayor comodidad me habian acercado, aunque á decir la verdad no habian acercado la silla tanto para mi conveniencia como para pedirme algunos sueldos por este inútil y oficioso servicio. Esto no me sorprendió, porque he vivido algun tiempo en Francia y sé lo que significa la amabilidad con que los naturales se apresuran allí á complacer al extranjero. No bien se acerca uno á un coche, cuando ya un prójimo benévolo le abre la portezuela y lo mismo sucede cuando llega al término de su carrera y se quiere apearse. Si va uno al teatro le cogen el bastón á la puerta y el sombrero en el palco para guardarlos cuidadosamente. Pero nada de esto es desinteresado; cada uno de estos agasajos cuesta dos ó cuatro sueldos, lo que insensiblemente acaba con la bolsa mas repleta, siendo de todo punto imposible sustraerse á esta contribucion, porque cuando uno quiere rehusar el servicio ya se lo han prestado y lo que le reclaman es en virtud de un derecho. A mí me ha sucedido en París verme acometido en la calle por un charlatan que queria venderme un bote de charol para las botas. Le di las gracias diciendo que no tenia necesidad de charol; pero él me desmintió, mientras yo lo decia, dándome charol á una bota, con lo cual me obligó á suplicarle que me charolase la otra, y entonces me llevó por su trabajo lo mismo que me hubiera llevado por el bote de charol. No necesito añadir una palabra mas para demostrar lo difícil que es sustraerse á la contribucion de la gente servicial en Francia y, por consecuencia, lo mucho que este impuesto semi-forzoso aumenta el presupuesto de gastos imprevistos.

Pero hay otras contribuciones que aumentan este presupuesto mas de lo que un viajero puede figurarse y estas son las que le imponen las empresas de carruajes ó caminos de hierro, con su sistema de trasportes á trozos ó por entregas. Verbigracia. Paga el viajero en Bayona el peso de sus baules hasta París y cualquiera supone que estos efectos, una vez pagado su transporte, no deben producir nuevo gasto en el camino. Pero voy á decir lo que sucede, no para que las empresas se corrijan sino para precaucion de los viajeros. Hay mozos en Bayona que se encargan de ir á buscar el equipaje á la posada, no por cuenta de la empresa como debia ser, sino por cuenta del viajero á quien cuesta la broma un franco por cada bulto, de modo que si muchos son los bultos muchos son los francos, sin que aquí tenga lugar aquello de esconder el bulto. Vienen otros mozos y suben el equipaje al ómnibus en que debe uno trasladarse á Dax, lo que produce la reclamacion de mas dinero por este nuevo trabajo. El ómnibus no para precisamente á la puerta del camino de hierro, sino á media legua, con lo que hay que pagar á los mozos que bajan los bultos en Dax, y luego á los que los suben al otro ómnibus y despues á los que los vuelven á bajar en el embarcadero. Esta serie de operaciones se repite en Burdeos donde el ferro-carril no tiene solucion de continuidad á causa del río; de modo que hay que pasar los bultos del embarcadero del Sud al del Norte por medio de los ómnibus, siendo preciso en su consecuencia pagar á los que los vuelven á subir y á los que los vuelven á bajar, y este es el verdadero cuento de nunca acabar. Lo cierto es que cuando el viajero echa sus cálculos en virtud de los precios que las empresas le indican cree que va á pagar poco, y cuando ajusta las cuentas en París encuentra que ha gastado muchísimo. A propósito de esto diré que me extraña la fatal idea de haber interrumpido el ferro-carril en Burdeos y no quiero creer que sea el río la causa principal sino el pretexto de esta interrupcion; porque este obstáculo se allanaria con un puente, cosa muy fácil en esa nacion donde tan ingeniosas obras de este género se ejecutan y donde los capitales y el arte satisfacen ampliamente á todas las exigencias de la necesidad ó de la moda. Creo mas bien que se ha calculado la tal interrupcion para favorecer á la ciudad de Burdeos, porque así se da utilidad á las empresas de ómnibus, á los hoteles, etc. y esto prueba lo que dije ántes, á saber, que la ciencia

económica no ha progresado mucho todavía en la práctica. Recuerdo con este motivo el argumento con que el célebre Bastiat condenaba en un caso análogo ese pérfido sistema proteccionista. Si este paréntesis de ferro-carril tiene por objeto dar utilidad á Burdeos ¿porqué no le ha de reclamar con igual derecho la ciudad de Angulema? Y si se hace extensivo á Angulema ¿porqué no ha de alcanzar la misma gracia á Poitiers? Y en este caso ¿qué delito ha cometido Orleans para no merecer la misma consideracion? Y por último ¿con qué razon se negaria á todos los pueblos y villas del tránsito el privilegio concedido á las ciudades? Pero en este caso, como dice Bastiat, resultaria un camino de hierro negativo, tanto que seria mas lento y costoso que las antiguas galeras.

El argumento del inmortal economista es irrefragable: prueba que el sistema proteccionista es ilógico, porque no pudiendo tener una aplicacion general ha de contradecirse; es injusto porque el beneficio que prodiga á una clase ó á una localidad no puede extenderse á todas las clases y localidades; es perjudicial como todo lo que oprime cortapisas á la actividad humana, y en fin es necio, porque hace todo lo contrario de lo que sus partidarios pretenden, suponiendo que estos no yerren á sabiendas.

Pero no parece sino que me he propuesto hacer un artículo de economía política, y que nunca he conocido ni aun la economía doméstica y que tengo poquísima afición á los estudios serios, primero porque son estudios y despues porque son serios. Mas valdrá coger de nuevo el hilo de mi viaje sin meterme á reformador, pues así como así estoy seguro de predicar en desierto mientras tenga la temeridad de decir verdades claras; porque desgraciadamente, si se quiere obtener algun resultado de la predicacion en este mundo es necesario decir cosas incomprensibles para los demás y provechosas solamente para el que las dice.

Llegué por fin á París en cuyas calles habia media vara de nieve, como en todo el camino recorrido hasta entonces, lo que me proporcionó el fastidio de no poder salir del hotel mas que en coche y esto quiere decir que he salido, pues nada hay mas enojoso que la estrecha prision de un carruaje cualquiera para el que he recorrido trescientas leguas unas veces en diligencia y otras en wagon. Pero al fin tuve que salir aunque solo fuese para trasladarme al embarcadero del Norte á fin de continuar mi viaje á Inglaterra. No puedo por lo tanto decir nada de las reformas verificadas en la capital durante mi ausencia, lo que por otra parte seria redundante, despues de lo que han dicho sobre el particular mi amigo Urrabieta en una de las amenas revistas que publica en este periódico y el famoso Teófilo en un folletín que mis lectores habrán visto en la parte política. Solo recuerdo que en la gente no se habia operado ninguna variacion, lo que no me extraña porque un pueblo como París no degenera ni se regenera en medio año, por mas que digan los viejos y las viejas para quienes la sociedad pierde cada dia un ciento por ciento, lo que tiene disculpa y explicacion considerando que todo lo miran por el prisma de sus achaques. Hice varias compras y en todas me engañaron como era consiguiente; pero de todas ellas solo citaré una por ser la mas característica de los charlatanes que tanto abundan en la capital de Francia. Oia yo dar grandes voces en uno de los portales inmediatos á mi hotel y queriendo saber la causa de aquellas voces vi un hombre que se desgañitaba gritando: « ¡A siete sueldos, medias y calcetas! ¡á siete sueldos, y á escoger! » No soy inteligente en estas materias, y me pareció que adquirir un par de medias por siete sueldos era una ganga, como en efecto lo era, no para el que las compraba sino para el que las vendia. Púsemme á escoger las que mejor me parecían y elegi hasta doce pares alargando un napoleon al charlatan para que cobrara el importe; pero cuando yo esperaba que este me diese la vuelta él fué quien me reclamó lo que faltaba. ¿Cómo! le dije, ¿no son doce pares de medias los que he tomado? — Indudablemente. — Pues bien, doce pares siete son ochenta y cuatro sueldos; el napoleon tiene ciento, luego debe Vd. devolverme diez y seis. — No calcula Vd. bien, dijo el maldito charlatan; veinticuatro por siete son ciento sesenta y ocho: el napoleon tiene ciento, luego debe Vd. darme aun sesenta y ocho. — ¿Porqué duplica Vd. el producto duplicando uno de los factores? añadió yo echándola de matemático. ¿No dice Vd. que las medias valen á siete sueldos? — Si por cierto; pero es á siete sueldos cada media, y doce pares tienen veinticuatro medias.

Muy acostumbrado estoy á la charlataneria de esos mercachifles de bagatelitas que tanto abundan en Francia; pero no se me habia ocurrido que llegara el caso de hacer esa distincion diabólica que hizo el de las medias. Es como si al ir á comprar tirantes, trabillas ó zapatos, hubiera que ajustar tanto por cada zapato, por cada trabilla ó por cada tirante; y consigno este hecho para que si alguno de mis lectores viene á París no caiga en el garlito de los que anuncian con rebaja las piezas naturalmente dobles ó múltiples, pues podría ocurrir que oyese pregonar á franco los guantes, y tuviese que pagar un franco por cada guante ó por cada dedo.

El hecho es que yo tuve que pagar por las medias doble de lo que habia calculado, y aun así habrían sido baratas si hubieran sido buenas; pero tan apolladas estaban que al ir á ponerme las reventaban por todos sus puntos: no servian ni aun para darlas de limosna y las arrojé á la chimenea creyendo calentarme con su llama; pero ni aun esto pude conseguir, porque el due-

ño del hotel vino al olor de la chamusquina, y las retiró de la lumbre temiendo que se prendiera fuego con las chispas que despedia el algodón fulminante que yo habia tomado por hilo puro, y poco faltó para que me sacaran una multa por la alarma que el olor de la chamusquina produjo en la vecindad.

A pesar de todo, confieso que la ciudad de París es una segunda patria para mi corazón. Hay allí muchos embrollones, muchos sonsacadores, muchos embaucadores, muchos especuladores de mala fé; pero estos están en el comercio y añadiré que en el bajo comercio. En cambio hay tambien muchas personas de elevados sentimientos, mucha inteligencia, mucha educacion y mucha vida. El clima es variable; no hay época del año en que con todas las apariencias de buen tiempo pueda un hombre lanzarse impunemente á la calle sin paraguas; pero ¿qué importa esto donde hay pasajes y soportales para cruzar ó pasear en todas direcciones? ¿Y qué pasajes tan magníficos! ¿Qué variedad tan sublime! ¿cuánta hermosura y cuánta animacion! De dia basta recorrer las calles para recrear el alma, porque en cada calle y aun en cada puerta se ve algun espectáculo capaz de alegrar á un misántropo. De noche satisface París á todas las exigencias de la mas caprichosa fantasia con sus elegantes y concurridos cafés, sus teatros, sus innumerables diversiones, su alumbrado, su eterno movimiento, conjunto de circunstancias que no tiene, que no ha podido tener ejemplo en el mundo. He visto á Londres, ciudad inmensa que nos recuerda toda la pompa y majestad de las mas grandes ciudades antiguas; pero inferior á París en belleza, en gracia, en novedad, en todo lo que constituye el atractivo. He visto á Londres, repito, con sus calles anchas y larguissimas, su puerto el primero del orbe, sus numerosos y ricos monumentos, su agitacion mercantil; he visto muchas otras ciudades de todas clases, mas notables por su comercio, otras por su aspecto aristocrático, otras por sus edificios; pero como en materias de gusto no hay nada escrito yo quiero escribir diciendo que todo cuanto he visto lo doy de buena gana por la plaza de la Concordia, por la rue de Rivoli, por un trozo de Boulevard y hasta por un trozo de la Chaussée-d'Antin. Es imposible vivir algun tiempo en París sin contraer el deseo de morir en esta poblacion, donde por otra parte se piensa en todo ménos en la muerte, y si algo tiene de malo el conocer dicha ciudad es que despues de haber vivido en ella no puede uno acostumbrarse á vivir en otra parte. Yo vivo ahora en una gran ciudad de una gran nacion; pero pienso siempre en la capital de Francia. Me acuerdo de todo, á pesar de mi mala memoria, y siendo tan múltiples las sensaciones que se experimentan allí en cada momento, creo que podría trazar minuto por minuto la historia de mi residencia en París desde marzo de 1852 hasta agosto de 1854; porque creo tambien que las impresiones que mas se graban en la memoria no son las que se reciben en la infancia sino las que se reciben en París.

Por lo dicho se concebirá que yo hubiera pasado de buena gana seis ú ocho dias en la gran ciudad; pero tenia que presentarme en Newcastle á tomar posesion de mi destino y además el tiempo era tan crudo, las calles de París estaban tan intransitables á causa del hielo y de la nieve que no hubiera podido salir de casa y para estarme en casa lo mismo me daba estar en un wagon, en un buque, en Londres ó en Newcastle. Figúrense Vds. como estarian en efecto las calles, que era sumamente peligroso andar por ellas á pié, por la probabilidad de dar un resbalon y romperse las narices, y era casi imposible andar en coche por el entorpecimiento que oponia el piso á las ruedas y á los caballos. Yo fui á refrendar, como es costumbre, mi pasaporte á la embajada y luego á la prefectura, viaje que podría calcularse en un par de leguas y en el cual me hizo tardar el cochero mas de cinco horas, porque los caballos resbalaban siempre y las ruedas del coche se hundian y empotraban entre la nieve que habia pasado del estado de nieve al de hielo y de este á una especie de barro ó argamasa que parece imposible haya vuelto á recobrar la forma líquida de que procedia.

Nada nuevo puedo decir, por consiguiente, acerca del Panteon, del Jardin de Plantas, del Cementerio del Padre Lachaise, del Arco de Triunfo de la Estrella sino que todas estas cosas ocupaban cada una el mismo lugar en que yo las habia dejado y del cual no se moverán probablemente en mucho tiempo, aunque no niego que puedan moverse, porque quien ve hoy en la plaza de la Concordia un obelisco que hace tres mil años adornaba las lejanas tierras del Egipto no duda que puedan dentro de otros tres mil años los egipcios trasladar á sus ciudades algunos monumentos de París. Me gustaria verlo si no fuera por el fastidio de vivir tres mil años, lo que á la verdad seria insopor-

table. Además yo no me propongo hablar aquí de monumentos, ¿qué podría decir de nuevo á mis lectores á quienes el CORREO DE ULTRAMAR ha hecho familiar con sus excelentes grabados el panorama del mundo? Yo cuento solamente lo que me ha pasado en mi calidad de viajero desgraciado y no de viajero artista; por consecuencia voy á continuar la narracion de mi caminata, ó mejor dicho, voy á suspenderla para continuarla otro dia y en otro capítulo. Permítanme Vds. detener mi pluma en París ya que no me fué posible detenerme á mi mismo ántes á causa de aquellos malditos copos de nieve que desde Madrid dieron en seguirme y perseguirme como la sombra al cuerpo.

J. M. VILLER GAS.

Revista de Paris.

Un mes hace ya que se inauguró la Exposición Universal; y sin embargo, aun no podemos decir que todos los productos que deben figurar en ella se encuentran en sus lugares respectivos. Tanto en el palacio de la Industria como en las galerías consagradas a la exposición de los objetos de arte se está trabajando todavía en la colocación, y en cuanto al inmenso túnel dependiente del palacio donde se hallará toda la maquinaria, este se encuentra aun tan atrasado que se duda pueda abrirse al público antes de algunas semanas. Todas las grandes cosas van despacio.

Lo mas completo hasta hoy es la exposición de pinturas, vasto concurso artístico de tantas naciones, en el que la Francia se ha presentado con todas sus fuerzas, esto es, con las principales obras de su pasado en este medio siglo. De este modo se ven figurar allí los lienzos de los señores Ingres, Eugenio Delacroix, Alejandro Decamps, Horacio Vernet, es decir, los maestros que mas ruido han hecho en el mundo de las artes en la época moderna. Lo que primero se visita en las galerías del arte contemporáneo, es la sala particular de M. Ingres, la capilla de M. Ingres, como dicen los devotos admiradores del dios de la línea y del contorno, pues para muchos M. Ingres ha sido y es todavía un dios. Se ha dicho, y no sin fundamento, que esta exposición parecía hecha sobre todo para honrar á M. Ingres, y efectivamente, el ilustre pintor ha disfrutado en esta circunstancia de muchos privilegios: nada se le ha negado, ni el espacio, ni las costosas traslaciones de algunos de sus lienzos que juzgó necesario exponer en su sala reservada para completar la armonía de su obra general. Así se vengó en el día de las críticas apasionadas y acerbas que despertaron varios de sus lienzos cuyo mérito superior se admira hoy que se hallan amortiguadas, sino extinguidas, las rivalidades de escuela de aquel tiempo.

Pero esto no impide ciertamente que los eclécticos en materia de pintura nos interese en la exposición de las treinta y cinco obras de M. Delacroix, y que admiremos el trabajo tan múltiple, tan variado de ese pincel energético, de ese cerebro de artista soberanamente organizado. Aunque existen algunos vacíos, se puede leer en esa galería la historia del talento de M. Eugenio Delacroix, desde sus primeras obras hasta sus composiciones mas recientes.

Cuando se contemplan las obras de género tan opuesto de estos dos grandes pintores, no puede uno menos recordar aquellos tiempos de lucha y de pasión en que cada uno de esos lienzos que hoy se admiran, digámoslo así, en una atmósfera tranquila, despertaban tantos odios y envidias de escuela. Las armas que empleaban los combatientes no siempre eran corteses; apurados los términos de la crítica, se entraba en el capítulo de las excentricidades de ambos maestros, y se publicaban en sus biografías apuntes burlescos sobre el violín de M. Ingres y las teorías artísticas de M. Delacroix. Del célebre jefe de la escuela de la línea se decía que frecuentaba el Teatro Francés donde se presentaba con un sombrero blanco de alas anchas, pero que á fin de evitar la analogía con el castor puntiagudo de los románticos de la época, había tenido buen cuidado de dibujar su forma, que resultó ser igual á la que está admitida para los molineros.

Por entónces tambien se decía que M. Delacroix, el jefe de la escuela del colorido, había dado en la manía de concurrir al mismo teatro. Un día, dijo un periódico, preguntaron á M. Delacroix, porque se le veía en todas las representaciones del *Tancredo*.

— Porque me gusta esa pieza, respondió.

— ¡Cosa singular! ¿Y por qué motivo?

— Porque hay muchas banderas.

M. Ingres, añadía el periódico, no tiene afición á las banderas, pero lleva su entusiasmo por el clasicismo hasta el punto de confundir en su admiración á Corneille y Racine con los trágicos modernos. Y despues de haber contado varias singularidades sobre M. Ingres como su ternura por su violín y sus pretensiones de violinista, sus iras cuando oía cantar en su estudio la plegaria de *Moisés* ó cualquiera otra pieza de Rossini, su devoción casi exclusiva á la música de Haendel, y por último su conversión á Rossini cuyas óperas iba á oír á menudo al Teatro Italiano en campaña de esa linda señorita que sirvió de modelo á su Musa colocada en el retrato de Cherubini, el articulista concluía calificándole de carácter excentrico, como si Ingres hubiera carecido del genio suficiente para no haber adquirido el derecho de pensar y vivir á su manera.

Pero no nos extraviemos en las anécdotas y demos con ellas punto á nuestras ligeras impresiones de viaje por el palacio de Bellas-Artes, en la confianza de que en otro lugar de este periódico hallarán nuestros lectores estudios mas serios.

A pesar de las tardanzas, bien excusables por cierto, de la Exposición Universal, y sobre todo á pesar del tiempo variable que sufrimos, los Campos-Eliseos principian á tomar una fisonomía muy animada. Los paseantes se muestran en crecido número; muchos visitan las cercanías del palacio y del jardín de horticultura, esperando el momento de entrar, pues hay personas que no se incomodan en ver las cosas hasta que se encuentran de todo punto concluidas. Diríase que los extranjeros han querido concurrir á la gran manifestación universal de Paris no solo por las bellas-arts plásticas y la industria, sino tambien con el arte dramático para que puedan juzgarse y compararse aquí los diferentes actores de varios países europeos. Ya hemos señalado en este lugar la aparición de la compañía trágica y cómica del rey de Cerdeña, y ahora se anuncia para el fin del mes una compañía inglesa, que en agosto próximo será reemplazada por artistas alemanes. La España en lugar de cómicos ha enviado una compañía de baile muy completa, compuesta de siete parejas que trabaja en la

Puerta San Martín con el aplauso que obtiene en Paris todo lo que es característico.

Entretanto la compañía piemontesa excita un entusiasmo frenético en el público parisiense. La Ristori (podemos decirlo hoy habiéndola visto en sus representaciones de la *Mirra* de Alfieri), es la primera actriz de los tiempos modernos para la tragedia. Lo más notable en el genio dramático de la Ristori, es ese gran sentimiento que posee de la pasión y de la fatalidad de los antiguos, y que tan bien demuestra en esa pieza, cuyo argumento parecería intolerable á los espectadores franceses, si ella no supiera transportarlos en medio del mundo griego.

Toda la acción de *Mirra* consiste en una lucha prolongada del sentimiento del deber, de la naturaleza y la moral, contra la pasión y la fatalidad. La obra de Alfieri es admirable, tan admirable como energética y terrible, y solo un talento de primer orden podría dominar en el teatro esa situación necesariamente un poco monótona de la mujer espantada de su propio corazón que, enamorada del autor de sus días y creyéndose víctima de una fatal persecución de Venus, no encuentra mas remedio á sus males que el suicidio. ¡Con qué expresión de terror-religioso habla de esa implacable Venus cuya sombra la persigue incesantemente, y qué transición aquella cuando pasa del terror á la tierna emoción que amenaza apoderarse de su alma. Y despues, ¡qué arte en sus actitudes, qué conocimiento tan grande manifestado de la estatuaría antigua, qué nobleza aun en las convulsiones de la agonía! ¡Cómo se conoce que hay algo de la antigua raza griega en la eminente actriz italiana que tan admirablemente comprendió toda la plástica y la mímica de su arte!

Inútil será decir que en todas las representaciones de *Mirra* la Ristori es llamada cuatro y cinco veces al tablado donde la cubren de flores y de aplausos. Todo Paris habla hoy del triunfo de la compañía piemontesa que, por desgracia, se marchará antes de que se encuentre satisfecha la curiosidad pública.

Los extranjeros que se hallan hoy en la capital ignoran que gracias á esos triunfos, la famosa Rachel que se había despedido de nosotros definitivamente, se ha vuelto á mostrar en la escena del Teatro Francés, lo que ha sido para ellos una buena fortuna. «Mostraos pues, la dijeron, aquí tenéis una rival extranjera que os arrebató los laureles.» Y de súbito la Rachel deja su residencia campestre y anda quince leguas una mañana para ver á la Ristori el martes último. Aun resonaban los aplausos, los gritos de entusiasmo cuando la Melpómene parisiense se resolvió á oponer la tragedia francesa á la tragedia italiana, Corneille á Alfieri, y en la noche siguiente, para celebrar mejor el aniversario de Corneille, salió en *Horace* delante de su rival que, por cierto, no economizó sus aplausos; Rachel desplegó allí todo su talento, toda su energía, aunque reservando, sin embargo, lo mejor de sus fuerzas para el cuarto acto donde produjo efectos de violencia y de emoción sorprendentes.

Se dice que la actriz italiana habla correctamente el francés, y con este motivo los empresarios de los principales teatros de Paris le hacen proposiciones seductoras; el Teatro Francés desea mostrar á su ilustre fugitiva que hay en el mundo una mujer digna de ocupar el puesto que ella abandona. Sin embargo, las comparaciones hoy muy á la moda entre las dos actrices carecen de una base sólida. Esos dos talentos son de un orden, de un género distinto: Rachel sorprende é impone los aplausos; la Ristori conmueve al espectador y se apodera de todo su ser; seduce á un tiempo el oído, la vista y el espíritu, y arrebató con acentos de una verdad penetrante é irresistible. En los tiempos de eclecticismo literario y artístico en que vivimos, pensamos que el mismo público aplaudiría con igual fervor á estas dos actrices.

Ya que hablamos hoy de teatros, vamos á concluir con ellos nuestra revista.

En el Ambigu se ha vuelto á poner en escena el famoso drama de Alejandro Dumas, titulado *Kean*, cuyo papel principal interpreta de un modo tan brillante ese gran actor francés llamado Frederick-Lemaitre. La vida del célebre actor inglés que figura como protagonista en la pieza de Alejandro Dumas es en efecto muy dramática, y presenta innumerables peripecias.

Kean nació en Castle-Court, condado de Leicester, en 1787, y desde su infancia entró en el teatro de Drury-Lane donde desempeñó papeles de niño en las pantomimas. Pero en breve le despidieron, y durante algun tiempo quiso probar la vida de marino, carrera en que le sucedió lo mismo que en la otra, fuese por falta de salud ó por torpeza. Vuelto á Inglaterra trató de instruirse, y habiéndose robustecido su constitución que en su infancia fué débil, se entregó al mismo tiempo á varios ejercicios á pié y á caballo, y no tardó en adquirir cierta reputación en su nueva carrera. Despues volvió al teatro, al que se consagró enteramente, pero permaneció mucho tiempo sin ganar apenas lo bastante para su subsistencia. Hasta 1814 formó parte de una compañía de cómicos de la legua que recorría los pueblos. Un médico de Harrow que le vió representar le aconsejó que se fuera á Londres y le suministró los medios de darse á conocer. Pequeño de estatura, de una figura regular, pero sin nobleza característica y de una voz ingrata, aunque se hallaba dotado en compensación de una figura expresiva, no gustaba al primer aspecto.

En 1814 pasó de los teatros de provincia al de Drury-Lane; *Ricardo III*, *Otelo*, *Romeo*, *Macbeth* aseguraron su popularidad, no sin alguna oposición, porque introducía en el arte innovaciones muy notables y una verdadera originalidad; pero á pesar de ello, en breve destruyó la antigua escuela de Kemble. La majestad fué reemplazada por la pasión, la dignidad por los arranques del vigor, la calma un poco fria por una energía mas pronunciada: abrió un nuevo mundo á los ojos de los aficionados ilustrados, y

concluyó por alcanzar iguales lauros en ambos géneros, e cómico y el trágico.

El pobre cómico de la legua que antes atravesaba tristemente las calles de Londres, llegó á ganar 50,000 pesos de renta por semana. Tuvo lacayos con librea, armas antiguas y muebles incrustados de oro. Ninguna embriaguez de amor propio es comparable con la que procuran una gran existencia teatral, la admiración, el cariño del público y los gozos de la fortuna que son su consecuencia. Sin embargo, Kean era siempre el mismo en el fondo, buen compañero, amante de la buena vida y muy generoso con todo el mundo. No contarémos aquí el uso que hizo de sus tesoros, por aquella necesidad de excitaciones continuas que le devoraba, y de aquellas sensaciones violentas que tanto debían hacerle padecer en sus últimos años. Sublime como actor, tenía todas las pretensiones de los talentos que le faltaban; desgraciadamente cobró afición á la vida desordenada, y esos males hábitos así como su gusto pronunciado á las cosas excéntricas, destruyeron su talento, y por consiguiente le quitaron los medios de subvenir á sus cuantiosos gastos.

Y sin embargo, no por eso dejaba de recibir en su casa personas de buen trato, pero fuera de allí solo se complacía en las reuniones populares, reñía con frecuencia, y se declaraba protector de todo lo extraordinario en cuanto á ejercicios corporales. El escándalo de su conducta le hizo incurrir en el desprecio de sus conciudadanos, y tuvo que desterrarse á los Estados-Unidos de donde vino á Francia. Pero cada día se entregaba con mayor desenfreno á sus tristes inclinaciones. En 1828 salió á las tablas en Paris en un teatro donde había entónces una compañía de cómicos ingleses; la función debía empezarse á las siete, y la duquesa de Berry se presentó una de las primeras en su palco.

El patio despues de haber enumerado todas las anécdotas que corrian sobre el célebre actor, acabó por aburrirse y principió á silbar. Durante este tiempo Kean se hallaba bebiendo en el café inglés, y recibió á botellazos á un mozo del teatro que fué á buscarle. En vano le suplicaron que no hiciera esperar á una princesa de sangre real, pues solo se levantó de la mesa y consintió en presentarse delante de un público francés en nombre de su gloria, de los tramoyistas, de los figurantes que iban á perder sus empleos y á morir de miseria. Entró en la escena casi borracho, pero no lo bastante para dejar de conocer el mal efecto que producía en los espectadores. Sin embargo, despues de las primeras escenas Kean se elevó como por instinto y gradualmente á tal altura que el teatro se hundía con los aplausos.

Una noche en Inglaterra adonde volvió á concluir su carrera teatral, se puso tan malo á consecuencia de sus excesos, que no pudo desempeñar uno de sus papeles mas importantes. A punto de entrar en escena tuvieron que sacarle del teatro y llevarle á su casa, y hubo que engañar al público anunciándole que una indisposición muy grave impedía al actor favorito el salir á las tablas. Vuelto en sí de un estado vergonzoso, tuvo que fingir la enfermedad que el empresario de Drury-Lane declaró en el teatro, y le dejó ver en su casa en una cama estando bueno y sano.

Tal es el hombre que ha suministrado á M. Alejandro Dumas el argumento de uno de sus mejores dramas, y cuyo valor se conoce realmente cuando desempeña el papel de protagonista un actor como M. Frederick-Lemaitre.

MARIANO URRABIETA.

Letrilla.

Que Camila encantadora
Diga al novio que le adora,
Quizás:

Que no adore mas Camila
Un pañuelo de Manila,
Jamás.

Que entienda bien Don Macario
Las cuentas de su rosario
Quizás;

Mas que al manejar mis rentas
Traiga corrientes las cuentas,
Jamás.

Que ante los hombres Clotilde
Baje los ojos humilde,
Quizás;

Creer que de esto se intiere
Que la niña no los quiere,
Jamás.

Que táberneros oscuros
Fumen excelentes puros,
Quizás:

Mas lograr que los indios
Nos vendan puros sus vinos,
Jamás.

Que exista algun comerciante
Que no sea petulante,
Quizás;

Que haya uno aquí ó en Malta
Que nos dé el peso sin falta,
Jamás.

Que haya jóvenes coquetas
Sin saber hacer calcetas,
Quizás;

Mas ver una solamente
Sin bailar perfectamente,
Jamás.

Que las criadas á gritos
Brinden por los señoritos,
Quizás;
Pero que las habladoras
Traten bien á las señoras,
Jamás.

Que cure un médico honrado
Grátis á un necesitado,
Quizás;
Pero creer que lo haga

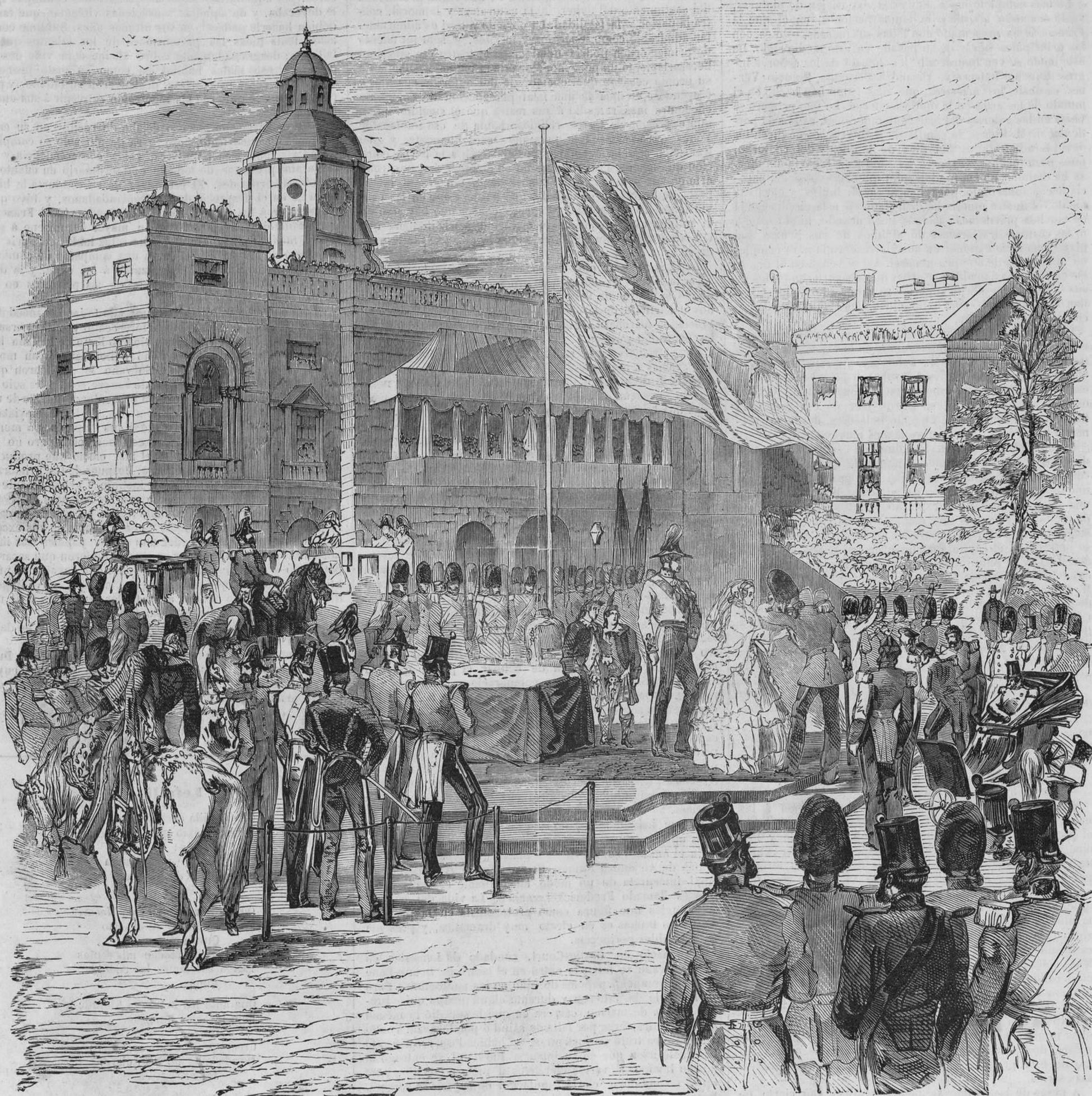
Con el amor que al que paga,
Jamás.

Que las muchachas mejores
Se parezcan á las flores,
Quizás;
Negar que las mas divinas
Suelen clavar mas espinas,
Jamás.

V. MARTINEZ MULLER.

Recompensas concedidas á los militares ingleses en la Crimea.

Acaba de tener lugar en Lóndres un acontecimiento memorable, y digno verdaderamente de ser ilustrado: la distribución de condecoraciones y medallas hecha por la reina Victoria á los oficiales y soldados que se han distinguido en la campaña de la Crimea. Habiase elegido para esta ceremonia, á la que debia preceder una revista, la gran plaza que se extiende delante del



La reina Victoria distribuyendo medallas á los soldados heridos vueltos de la Crimea.

cuartel de horse-guards, en frente del Parlamento. Desde por la mañana se habían reunido allí muchos destacamentos de caballería y de infantería, á cuya cabeza figuraban los valientes que iban á ser recompensados.

Formaban parte de la concurrencia todos los ministros y la mayor parte de los miembros de ambas cámaras. Mandaba la revista el duque de Cambridge, y poco despues de la llegada de esta persona, llegó la reina con la familia real, y al punto comenzó la distribución. El primer condecorado, el duque de Cambridge, fué saludado con una aclamacion inmensa, y recibieron las mismas señales de admiracion y de simpatía los nombres de los generales y coroneles Bourgoyne, de Lucan, Cardigan, Scarlett, Macdonald, etc. En las filas de esta milicia escogida se hallaba el teniente co-

ronel Troudsbrige y otros tres oficiales, cuyas gloriosas heridas les impedian andar, y que fueron llevados delante de la reina en los brazos de sus compañeros. La revista fué seguida de un pequeño banquete honrado con la presencia de la reina. F. B.

Bellas-Artes. — Exposicion universal.

INTRODUCCION.

Un doble concurso se halla abierto en Paris al arte y á la industria. Para el primero la coincidencia de las

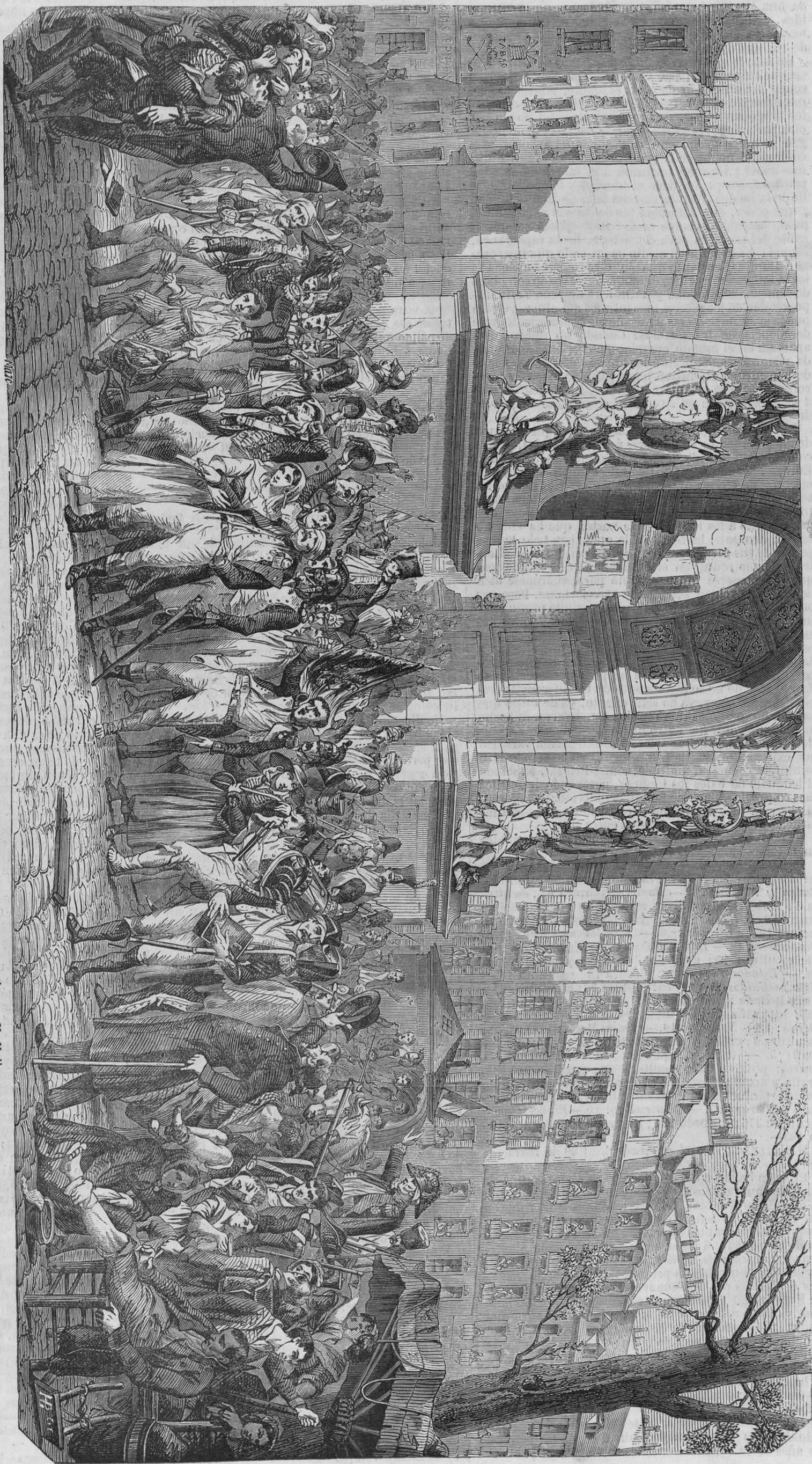
dos exposiciones es una circunstancia desfavorable que la curiosidad excitada en el público se inclina mas á la industria. La muchedumbre acude adonde está la vida y la vida de los pueblos modernos se halla principalmente en las fuerzas creadoras de la industria: hácia sus conquistas tienden las esperanzas de los pueblos, cansadas y engañadas en otras vias; allí está hoy la fé ardiente en el porvenir; el arte no se halla tan arraigado en lo presente, y se diria que solo se le atribuye un valor secundario, que solo se le considera como un lujo elegante, como un recreo, ó bien como un auxiliar útil de la industria. Y sin embargo, ¿no es el arte en la acepcion general de la palabra, la mas alta expresion del desarrollo intelectual de las naciones, el título de nobleza mas brillante de la humanidad? Cualesquiera-

ra que sean las maravillas realizadas por la industria, cualesquiera que sean los descubrimientos hechos en las ciencias, una nación no inscribe su nombre en la veneración de las edades por la máquina de vapor ó el telégrafo eléctrico, sino que se nombra gloriosamente por un fragmento de escultura del Partenon, ó por una madona de un pintor divino.

Si el arte no es ya en nuestros días esa cosa sagrada que purifica el espíritu del hombre y le realza, si no es ya una fuerza social como lo ha sido en ciertas épocas de la vida de la humanidad, es porque participa de las incertidumbres y desfallecimientos del presente, es porque los fines de la sociedad y los suyos propios están cubiertos con un tupido velo; le falta el soplo de las grandes aspiraciones; se agita inquieto y se precipita en todas las vías tratando de salir de las formas caducas, ávido de novedades, ostentando á veces el arcaísmo y buscando en la tímida sencillez de las primeras inspiraciones una nueva fuente de originalidad. Por eso la pintura de nuestro tiempo es á la vez bizantina, florentina, romana, veneciana, flamenca, española... ascética como un paraíso de Fr. Angelico, pagana como una bacanal de Julio Romano, severa como una composición del Pusino, fogosa y desenfadada como una orgia de Rubens, en una palabra, reúne todos los extremos y los contrastes mas singulares, en cuanto á ideas de sentimiento, modo de ejecución, sistema de colorido, etc. Las obras de un crecido número de pintores contemporáneos atestiguan mucha habilidad, pero esta habilidad se manifiesta con preferencia en asuntos pequeños ingeniosamente calculados para satisfacer las exigencias de la moda y el gusto de los particulares. La fantasía, el sentimiento individual bastan para vivificar esos géneros secundarios, bonitos poemas muy propios para embellecer el interior de nuestras habitaciones, y para despertar un recuerdo ó un pensamiento grato.

Pero cuando se trata de esas grandes obras, destinadas á ser los monumentos de un pueblo, hay que inspirarse en una fuente mas grande y mas fecunda. La fantasía sola es impotente, se necesita tener con la época una mancomunidad de fé, de creencias, de sentimientos. La idea debe pertenecer á todos, y todos deben comprenderla: únicamente como no para todos se manifiesta en su esplendor completo, el artista tiene que darla ese esplendor mediante una representación sensible. Ahora bien, sucede que por el contrario en la estatuaria y la pintura monumental es donde el artista de nuestros días se halla expuesto principalmente á encontrarse con ideas muertas, sin convicción, sin inspiración posible. La pintura religiosa casi está abandonada, y la pintura histórica se halla mirada con frialdad por los artistas á causa de esa indiferencia creciente con que el público la recibe. Para sacar á la pintura monumental de esta impotencia se han hecho dos tentativas contrarias en estos últimos años; la una consiste en extender sobre los vastos lienzos ocupados antes por los héroes griegos y romanos, las trivialidades groseras de la clase media de las ciudades ó de los aldeanos; la otra por el contrario tomando únicamente las realidades históricas por pretexto de una concepción ideal, quiere trazar con el lápiz y el pincel alguna gran síntesis de la vida

Exposición universal de bellas-artistas. — Escuela francesa. — ¡Viva el Emperador! (30 de marzo de 1814), cuadro por M. Muller.



humana. La presente exposicion nos ofrecerá páginas de una alta importancia, concebidas segun la última idea, y al tratar aquí de estas obras serias y de una tendencia elevada, las consagraremos toda la atencion de que son dignas.

De todo lo que precede no se debe sacar en consecuencia que culpamos al arte moderno; solo hemos querido consignar un estado de cosas existente, y las acusaciones deberian recaer mas bien sobre la sociedad, sobre los tiempos actuales, si tales acusaciones no fuesen por otra parte una cosa inútil y desprovista de todo sentido. ¿Se podrá echar en cara á la juventud aventurera y confiada el no tener la prudencia timorata de los últimos años? ¿Acaso se pregunta á la fuerza de la edad provecia, porque no tiene el encanto y la gracia sencilla de la infancia? En la marcha fatal de la humanidad ¿qué poder, qué autoridad puede decirle: apresura el paso, detente, ó vuelve atrás? Hay épocas en que el canto del poeta, la obra del artista, brota espontanea, límpida y serena de un medio de un siglo que interpreta é ilumina, en tanto que en otras épocas apenas se logra satisfacer un gusto dificultoso y cansado con obras de ciencia, de habilidad y de mucho empeño ó aun impregnadas de los afectos mas íntimos del alma. ¿Quién puede sustraerse á esas fases de acrecentamiento y de decadencia de los pueblos? Cuando un nuevo ideal aparezca en el mundo, cuando una corriente apasionada y simpática despierte á las almas aletargadas, cuando una misma aspiracion haga palpitar todos los corazones, el arte se levantará sencillamente y fuerte para volver á ser nuevamente en su unidad el sublime intérprete de todos.

La Exposicion Universal de bellas-artistas que se acaba de abrir ofrece un vivo interés á los aficionados, el de la comparacion inmediata de las diferentes escuelas de la Europa, sin embargo de que esta comparacion deberá ejercerse en ciertos limites, pues bajo ciertos puntos los términos serán desiguales. A pesar del llamamiento retrospectivo dirigido á obras antiguas ya admitidas á figurar junto á las nuevas, cada nacion que ha entrado en el concurso no ha bajado á la arena con todo lo mas selecto de sus fuerzas, sino que viene con los combatientes que pudo reunir en el momento. Y esta es una cosa que debe tenerse muy presente para guardarse bien de todo ese exclusivismo en las apreciaciones. Pero por otra parte si esta circunstancia no permite pronunciar un fallo bien fundado sobre el valor relativo de las escuelas de los diferentes países, á lo ménos no es tan poco un obstáculo para la manifestacion del genio y del gusto artístico de cada país, y acerca de este punto podemos quizá sorprendernos, al primer examen de la Exposicion, de no haber encontrado las diferencias originales y notables, ya de sentimiento, ya de estilo que parecia prometer una reunion tan diversa. El hecho mas singular que á nuestro juicio se nota en la Exposicion Universal de bellas-artistas, es la extremada variedad que existe en la escuela francesa. Tal como es, sin lazo comun, fraccionada, múltiple, contradictoria, hablando el lenguaje de todos los tiempos, poseyendo los estilos mas contrarios, llena de fantasias individuales, presenta ella sola mas diversidad y oposiciones que todas las escuelas extranjeras manifiestan entre sí.

Hé aquí la estadística de los objetos de arte reunidos en la Exposicion:

Austria y Lombardia: pintura 52; escultura, casi enteramente milanesa, 86; grabado y arquitectura 21. — *Baden y Nassau:* 23. — *Baviera:* pintura 65; escultura 4; grabado, litografía y arquitectura 5. — *Bélgica:* pintura 224; escultura 28; grabado, litografía y arquitectura 18. — *Cerdeña:* 28. — *Ciudades anseáticas:* 19. — *Dinamarca:* 9. — *Dos-Sicilias:* 6. — *España:* pintura 84; escultura 10; grabado, litografía y arquitectura 29. — *Estados-Pontificios:* pintura 13; escultura 13. — *Estados-Unidos de América:* pintura 39; escultura 45. — *Gran-Bretaña:* pintura 376; escultura 76; grabado 163; litografía 33; arquitectura 126. — *Hesse:* 5. — *Méjico:* 1. — *Noruega:* 16. — *Países-Bajos:* pintura 98; escultura 3; grabado y arquitectura 30. — *Java:* 1. — *Perú:* 5. — *Portugal:* pintura 23; escultura 5. — *Prusia:* pintura 137; escultura 52; grabado 26; litografía y arquitectura 9. — *Sajonia:* 27. — *Suecia:* 45. — *Suiza:* pintura 122; grabado y litografía 9. — *Toscana:* 6. — *Turquia:* 3. — *Wurtemberg:* 10. — *Francia:* 2095; escultura 376; grabado 191; litografía 103; arquitectura 183.

M. MULLER: ¡Viva el emperador!... (30 de marzo de 1814).

El vasto lienzo cuyo dibujo reproducimos es una de las obras nuevas mas importantes que se encuentran en la exposicion francesa. M. Charles-Louis Muller que en un principio se señaló como pintor de género, pasó despues de los asuntos ligeros (*Primavera*, 1846; *la Ronda de mayo* 1847) á los dramas de Byron y de Shakspeare (*la Locura de Haidée*, 1848; *lady Macbeth*, 1849), sigue abandonando sus primeras inspiraciones risueñas ó poéticas por los cuadros terribles de la historia de Francia. En 1850 exponia el *Llamamiento de las últimas víctimas del terror en la cárcel de S. Lázaro*, que figura igualmente en la Exposicion Universal, y este año ha tomado por asunto el paso por los boulevards de París en 1814 de los soldados heridos, quebrantados por los últimos esfuerzos de una lucha heroica sostenida hasta bajo los muros de la capital, dando por título á estas imágenes lamentables el grito de: ¡Viva el emperador!

Esta página de historia contemporánea se ha engañado de fecha; habria debido salir á luz en los primeros años de la restauracion para hallar en el público

las simpatías de la conmocion reciente. Pero ateniéndonos al punto de vista puramente pintoresco, diremos que el artista no ha estado feliz en la manera de presentar el asunto; en vez de condensar la escena la ha extendido, y todas las figuras tienen igual interés en todo el lienzo; las miradas del espectador vagan al acaso de una figura á otra en vez de obedecer á esa imperiosa exigencia del artista que en una composicion bien ligada, les dice donde deben fijarse, lo que deben contemplar, y lo que solo deben entrever. En vano algunas figuras bien caracterizadas en el centro del cuadro parecen ser un objeto de predileccion para el pintor: el soldado que alza gritando una bandera tomada al enemigo; la cantinera que mira solícita á un tambor herido; el granadero mostrando con dolor su cartuchera vacía á un antiguo militar que es tambien una figura llena de verdad muy bien ejecutada, en vano ese grupo bien compuesto, forma un conjunto satisfactorio y completo, pues estos grupos luchan en importancia y vienen á distraer la atencion como el del oficial francés ciego, guiado por una aldeana; el oficial ruso, pálido y herido, sostenido por un soldado y apoyado en un muchacho que lleva su morral militar... Si la vista permanece indecisa entre las diferentes partes de ese gran lienzo, nada hay tampoco en el colorido pálido é igual que tienen todos los objetos que la llame sobre uno ú otro punto. Es de notar como la influencia de las preocupaciones de la historia contemporánea apaga el brillante colorido que el pintor ostentó en sus primeros cuadros. Esta vez la falta es muy sensible, porque neutraliza el efecto del talento real que se ve en este lienzo. Hay mucha verdad en los detalles, grupos muy bien entendidos, y una ejecucion maestra. Este cuadro figuraria con honor en el gran museo histórico de Versalles.

D. P.

Carta á un autor dramático en futuro.

Holgárame mucho, Pascual amigo, de que todas las composiciones poéticas que en lo sucesivo salgan de tu bien cortada peñola, fuesen tan buenas como las que me enviaste con tu postrera epístola. ¡Qué de flores! ¡qué de auras! ¡qué de líquidos cristales! ¡qué de metáforas de todos calibres! ¿Si serán buenas algunas de ellas, cuando solo á tu claro talento es dado comprenderlas? ¡Y luego dirán cuatro criticones que no hemos vuelto al siglo de oro de nuestra literatura! Sigue, sigue, pues, predestinado jóven, cultivando ese estilo rimbombante y oscuro como una noche de truenos, y por Dios que has de ser reputado por el primer poeta lírico de los tiempos que corren.

Me dices que vas á dedicarte á escribir para el teatro. ¡Bien hecho, por vida mia! El teatro te ofrece laureles para surtir durante un año al afamado cocinero Lhardy; pero ten entendido, Pascual de mis pecados, que para cogerlos no hay que andarse por las ramas, sino empezar cortando y rajando á roso y belloso tal ó cual obra del teatro antiguo tal ó cual drama francés, tal ó cual comedia de renombrado autor. Fuera timidez, fuera modestia, que ambas cosas son enemigas de la fortuna.

Posees una de las principales cualidades que se requieren en el dia para ser tenido por buen autor dramático: la fecundidad. Apuesto cualquiera cosa á que te atreves á escribir en ocho dias una comedia en tres actos, de manera que con muchísima calma y sin trabajar los domingos y demás fiestas de guardar, puedes ofrecer á la escena y á la estampa cincuenta ó sesenta obras en cada un año. ¿Qué importa que conozcas poco el mundo? En el teatro se presentan una sociedad ideal, unas pasiones inverosímiles, unos acontecimientos absurdos, y el público, que está ya acostumbrado á que le sirvan tales manjares bajo mil formas diferentes, aplaude que es una maravilla y hasta arroja coronas á sus autores.

No pongas en olvido los consejos que voy á darte, querido Pascual, y enristra la pluma, que en Dios y en mi ánima te juro que has de ser una notabilidad.

Si vivieras en otra época ménos ilustrada, deberias de consultar tu carácter, tus conocimientos, y sobre todo tus fuerzas ántes de decidirte á cultivar la tragedia, el drama, la comedia ó el modesto sainete; pero ahora serias un mentecato si tal hicieras. Estás obligado á ser universal, esto es, á servir lo mismo para un barrido que para un fregado, como las mozas de rompe y rasga. No faltan malas lenguas que dicen ser eso ir contra todas las reglas del arte, y que así es muy fácil hacer reir en un drama y llorar en un sainete; mas ten entendido que esas son habladurías, y nada mas que habladurías de gente desocupada y murmuradora.

Empieza por escribir un drama; pero no un drama así como se quiera, sino de situaciones horribles, y en el cual luchen y se combatan armados de punta en blanco todos los sentimientos buenos y malos que hay en el corazón del hombre.

Colocarás la accion allá en el siglo XII ó XIII (cuanto mas remota sea la época, mucho mejor) pues no creas que para esto son necesarios grandes conocimientos en ninguno de los ramos del saber humano. Verdad es que en tiempos tan lejanos de los nuestros, se usaba otro lenguaje, se daba un giro distinto á los pensamientos, y se sentia de otro modo; pero tambien lo es que en el teatro está admitido que los personajes de todos los siglos hablen de la misma manera. Cuida mucho de que los cortesanos de D. Enrique IV, por ejemplo, no mienten ni por asomo las óperas de Verdi, ni el

peinado á la Fuoco, ni el sitio de Sebastopol; que por lo demás no importa que saquen á colacion los cocoteras, los pavos, los papagayos y cuantos animales y vegetales se conocen solo en Europa desde el descubrimiento del Nuevo Mundo. Y á propósito de anacronismos y de las Américas: drama pudiera citarte (1) en que el gran Colon cuenta de pe á pa las vidas de Copérnico y Galileo un centenar de años ántes de haber venido al mundo estas dos lumbreras de la ciencia.

Pues señor, te aconsejaba que hicieras un drama. El argumento es lo de ménos, con tal que haya las personas siguientes: un anciano viudo; una niña de quince abriles que perdió á su madre al nacer; un jóven guapote y campechano como él solo; un señorón muy tieso y finchado; un par de domésticos charlatanes y entremetidos; y el correspondiente acompañamiento de damas y caballeros y aldeanos y pajecillos.

El anciano puede ser muy bien un labrador que vive en amor y compañía con su hija en una casita perdida en la espesura de un bosque. Allí pasan la vida tranquilos, durmiendo como lirones en el invierno y en el verano saltando como cabras por aquellos cerros y bericuetos. Pero héte aquí que la chica, al llegar á los quince, siente yo no sé qué cosa que le anda haciendo cosquillas en el corazón, y aunque al principio no acierta á comprender qué es aquello, por mas que se devana los sesos, al fin sabe de buena tinta que está enamorada. — Si no es natural tener uno que cavilar mucho para conocer que está enamorado, que venga Dios y lo vea. — ¿Y quién dirás que robó (¡cuidado con la palabritilla!) sueño, reposo, alma, vida y corazón á la pobre muchacha? Fué un buen mozo, á quien encontró un dia en el bosque yendo á coger madroños como Bartolillo: él le dijo que tenia unos ojos como dos carbunclos, la tez alabastrina, los labios de coral, el talle de sílfide; y ella, á pesar de que en su vida ha visto ni carbunclos, ni alabastros, ni corales, ni sílfides, comprendió al vuelo aquel lenguaje poético y ama á su galán como una desesperada. Pero el padre es celoso como un portugués, y anda siempre á la que salta, de modo y manera que los pobres chicos tienen que conformarse con verse de noche, y gracias, protegidos por la criada, que á su vez se enamora de un moceton como un varal que la llama su *pichona*. Ama y criada pelan la pava á un tiempo, cada cual por su ventana respectiva, mientras el viejo ronca mas que los siete durmientes jurtos. Esta escena es de gran efecto y de útil enseñanza para las jóvenes solteras.

El padre, que ya habia oido algo, por aquello de que *amor y dinero no pueden estar ocultos*, sorprende cierta noche á los dos amantes, ó por mejor decir á su hija, porque al D. Juan no le alcanza un galgo, y la llena de improperios diciéndole que es una mala hija, con todo lo demás que viene al caso. Ella replica que tener un novio no es una cosa del otro juéves para hacer tantos aspavientos; que no es ningun costal de paja para dejar de tener su alma en su almario, y que cuando él era jóven tambien le gustarian las buenas chicas, como lo prueba evidentemente la circunstancia de haberla echado á este pícaro mundo. El viejo (que por fuerza habrá de peinar luenga y blanca barba, y temblar como un azogado), se enfurece y la maldice, ella se arroja á sus piés, vierte cuatro lágrimitas y por remate de fiesta se desmaya, mirando con el rabillo del ojo el telon que baja lentamente anunciando la conclusion del primer acto.

El segundo es muy conveniente que empiece por un monólogo de la criada, en el cual diga que su señorita está mas muerta que viva; que se agosta como las flores; y que, cándida paloma que cruzaba el mundo sin recelo, cae herida por las flechas de Cupido: — advierte que las criadas de aquellos tiempos sabian mas que Merlin. En esto entra el gandul de su novio, aunque no se sepa á qué ni por donde, y ensarta tres ó cuatro chistes que divierten al público. Vánse los dos y aparece la niña, pálida cual la muerte (como que se habrá enharinado la cara), sosteniéndose en los muebles á modo de muletas; hace una docena de exclamaciones y se sienta, apoyando la frente en la palma de la mano, postura interesante que conmueve á la parte masculina del auditorio, especialmente si la actriz tiene buenos bigotes. Rómperse uno de los cristales de la ventana y se precipita el amante en la escena. La jóven le dice, entre alegre y ruborosa, que se vaya, pues allí no se le ha perdido nada; él insiste en quedarse porque le da la real gana, y en estas y las otras cata que se presenta como llovido del cielo el demonio del viejo, y allí si que es ella. Insultos, amenazas, maldiciones, blasfemias de buena ley, nada escasees, Pascual amigo.

Mas ¿qué rumor se escuchaba? ¿No es el de muchos ginetes que se apean á la puerta? Así es en efecto, y aparecen en la escena como hasta doce entre pajes y escuderos, precediendo á un personaje que se adelanta con paso majestuoso y acompasado, y á cuya vista exclama el amante: — ¡Mi padre! — Toma la palabra el recién-venido y dice al dueño de la casa que viene por la niña que le entregó hace quince años, por razones que ni á él ni á nadie importan un comino.

— Vedla aquí, señor, responde el viejo de la bellida barba, presentando á la que hasta entónces ha pasado por hija suya. El otro la da un abrazo y le dice que es el duque de tal y su padre, como lo atestigua una sortija, un medallón ó un puñado de pelos que ha conservado ella toda su vida sin saber porque ni para qué. El amante ruje como una fiera, y por último, gritando: — ¡mi hermana!!! — ¡pap! se hace pedazos la cabe-

(1) *Colon*, drama original de D. Pablo Avelilla.

za contra la pared. Todos lloran, y se acaba el drama, á ménos que no quieras añadirle un actito mas, para que la enamorada niña se zampe de hoz y de eoz en un convento ó se unan los criados, en santo matrimonio, ó el padre verdadero y el apócrifo se hagan lenguas hablando de la Providencia y sus sabias leyes, que permiten el castigo de los malos padres en la persona de los buenos hijos.

Figúrate si un drama como este hará furor: no puede ménos, aunque fuera de piedra el corazón de los espectadores. La noche de su representación te llaman á las tablas, aun cuando solo sea para ver tu *coram vobis* como parte del espectáculo.—tus amigos te arrojan un par de coronas con sus lacitos de color y todo, y ya eres una reputación, (*ilustración* que decimos los puristas). Infeliz del que se atreva á sostener pública ó privadamente que tu obra está plagada de anacronismos de á folio; que su argumento carece de verosimilitud y hasta de sentido común; que su acción camina atropelladamente á un desenlace previsto desde la primera escena, que no hay caracteres, ni situaciones, ni ménos interés. Ya verás qué polvareda se levanta; porque tú no debes descuidarte en proclamar á voz en cuello, que los que así critican tu drama son enemigos tuyos, envidiosos de tu gloria, literatillos de ciento en boca, periodistas ignorantes, follones y malandrines que siempre encuentran el genio en su brillante carrera. Al día siguiente publican tu nombre las cien trompetas de la fama, y ya tenemos á Periquito hecho fraile.

Con el argumento que acabó de regalarte puedes hacer, no un drama sino ciento, y esto sin mucho trabajo: pones al amante sus puntas y ribetes de conspirador y pendenciero, y haces que le den garrote ó le decapiten en el último acto á la vista del público, como sucede en *Blanca y Moncaín*; le vistes de hereje y le tuesta la inquisición; le das la banda de capitán y le envías á Flandes con pasaporte para la eternidad.

Si se presenta oportunidad para escribir un drama de hombo y platillos, ó sease político-patriótico, no la desperdicias, procurando por supuesto bautizar tu obra con un título parecido á estos: *La sangre del pueblo ó las víctimas del oscurantismo*; *Los verdugos del pensamiento*; *Juan el limpiabotas ó nadie es mas que nadie*, etc., etc. En la primera escena harás que el galán hable de las glorias de Sagunto y Numancia; en la segunda dirá la dama que los extranjeros no valen una higa; en la tercera se cuadrará el barba para disertar largo rato sobre el valor de los hijos del Cid; en la cuarta saldrán á relucir, traídas por los cabellos, las nieves del Moncayo y los héroes del Dos de mayo; en la quinta quedará probado como que tres y dos son cinco, que los que mueren por la libertad entran de patitas en la gloria, y que el pueblo agradecido inscribe sus nombres en monumentos de piedra y bronce... que sirven á los chicos del pueblo para jugar en ellos á la pelota; en la sexta, dama, galán, barba y característico convendrán en que el aire de los palacios envenena, y en que bajo sus dorados techos no puede existir la virtud, la cual tiene su templo en la cabaña del pobre. Con esto y con unos cuantos vivas á la libertad y mueras á los pícaros tiranos, tendrá el drama un éxito estrepitoso, mucho mas si cuidas que el tirano ó un noble cualquiera, que es lo mismo, ande bebiendo los vientos por una muchacha de la plebe que le deje al fin con un palmo de narices, á pesar de los narcóticos, raptos y amenazas por aquel empleados para seducirla.

La historia te ofrece tambien mucho campo para dejar correr tu lozana imaginación. Y no me arguyas que te falta trabajar mucho para estudiarla en todas sus fases y periodos, antes de atreverte á presentarla en el teatro, adornada con las galas de la poesía: eso sería muy santo y muy bueno si lo que entre nosotros se apellida drama histórico tuviera algo de tal. Pero cuando cada consumido, ya que no consumado, autor hace en este género lo que mas le viene en gusto, y levanta cada falso testimonio tamaño como un templo, de atrevido, presuntuoso y botarate merecería ser tachado el que intentase emprender la senda de la justicia y la verdad históricas. Además ¿quién ha de pedirte cuenta de lo que hagas? ¿el público? ¿la crítica?—Nuestro público—hablo en general—va al teatro á divertirse, no á instruirse, y por lo tanto le importa un bledo que le presenten en la escena al Casto D. Alfonso bajo la forma de un libertino; á D. Bermudo el Gotoso haciendo equilibrios con la agilidad de un clown; á la austera Doña Isabel la Católica dando citas ó andando en trapicheos; y á su hermano D. Enrique con una docena de chiquillos que le llamen papá. En cuanto á la crítica, Dios guarde á Vd. muchos años: tal la han puesto algunos pecadores, que no la conoce la madre que la parió; se ha vuelto cortesana, empalagosa y estéril. Por eso abusa, que no usa, siempre de frases ambiguas que nada dicen, temiendo herir la susceptibilidad de autores y actores; por eso tiene absoluciones para todos los defectos, y aun á veces para cosas peores, y elogios para las medianías mas medianas; por eso no es imparcial sino cuando al caer una obra en sus manos puede exclamar: — ¡aquí que no peco! — Pero me he distraído de mi propósito para criticar á la crítica: no te extrañe. sin embargo, esta falta de lógica al hablar incidentalmente de una señora que, salvó en muy honrosas ocasiones, no la conocía ni por el forro.

Pues, como iba diciendo, no cabe duda en que debes echar tu cuartito á espadas en lo del drama histórico y hacer antes ó despues una comedia de costumbres, de esas que tanto agradan al público, y en las cuales los viejos tienen indefectiblemente el nombre de Cucufa-

tes, Homobonos, Serapios, Caralampios ú cosa por el estilo; las viejas Robustianas, Pantaleonas, Eduviges; y los jóvenes de uno y otro sexo Isabelas, Adelaidas, Emiliás, Carlos, Alfredos, etc. Jamás, aun estando enamorado hasta la médula de los huesos, te habrás humillado hasta arrastrarte por los suelos delante de la mujer amada; nunca, ni en los raptos de mayor desesperación, habrás exclamado— ¡cielos! como los gentiles, ni oído tal palabra en boca de tus amigos; nunca habrás mentado las cenizas de tus padres, porque los que seguimos la fé de Cristo no llevamos los cadáveres á la pira como los romanos; pero si de todo esto no hablaran, si aquello no hicieran, si no exclamasen á cada instante — *pasos siento* — los personajes de tus comedias de costumbres, ten por seguro que serian horrorosamente silbados. ¡No faltaba mas sino que el teatro fuese una copia de nuestras costumbres! Entonces ¿para qué habíamos de asistir al teatro? Lo que divierte, lo que enseña, lo que deja la cabeza fria y los piés calientes es el ver á nuestra sociedad caricaturada de brocha gorda por los Orbanejas literarios. ¡Pobre sociedad! si el día ménos pensado te concede Dios el uso de la palabra, apresúrate á protestar, como Breton al ver su pretendido retrato:

..... si por muestra tan soez me buscan de hijo no me encuentran.

Pero si no quieres calentarte los cascotes, ó te falta en originalidad, es decir, *la mitad del talento*, lo que te sobra en audacia; si deseas llegar al templo de la inmortalidad por el atajo, y ceñir á tus sienes inmarcesibles laureles, ahí están á tu disposición mil y mil obras nacionales y extranjeras, antiguas y modernas, conocidas é incógnitas que puedes apropiarte de buena fé, segun el tecnicismo moderno. Este método es el mas fácil y, sobre todo el mas seguro para recoger una buena cosecha de aplausos, porque pensamiento de aquí, escena de acullá, situación de este, carácter del otro, se forma un conjunto tan deslumbrador y lindo, que engaña al mas avisado. Verdad es que el sueño del plagiario no debe de ser muy tranquilo que digamos, á lo ménos al principio de la carrera; pero todo es acostumbrarse. La primera vez que el ratero introduce la mano en el bolsillo del prójimo, la mano tiembla: despues se hace al oficio. Además que, como dijo el otro, nada hay nuevo bajo el sol, y por lo tanto fácil es hacer creer á los tontos en las semejanzas fatales. Te aconsejo, sin embargo, que no plagies del francés, porque el diablo la carga y tal obra hay de autor oscuro que tú crees poder dar impunemente por de la cosecha de casa, y al otro día te la arroja á la cara algun revolvedor de bibliotecas. Averigua si en alguna de las islas de la Oceania se representan comedias; aprende en tal caso el dialecto malayo, el de Sanwich ó el que necesites para consumir á mansalva tus rapiñas y dar al público gato por liebre, reservándote para despues la facultad de decir que jamás le has dado liebre por gato.

Pesada y difusa encontrarás tal vez esta mi carta; mas en visperas tú de entrar en el gremio de autores dramáticos, yo no podía dispensarme de darte algunos consejos. — ¿Y quién es usarcé, preguntarás, para darme los, á mi que soy un joven de esperanzas hace lo ménos diez años?

Satisfaré esa curiosidad, algo indiscreta por cierto tratándose de buenos consejos, cuya procedencia no debiera de importarte gran cosa.

Yo formo parte del público que aplaude ó silba, que refunfuña ó se entusiasma, segun que le agradan ó le disgustan las obras que se le ofrecen. Sé por ende, como miembro de aquel cuerpo, lo que logra excitar su interés y halagar sus instintos; conozco las frases que siempre le arrancan lágrimas, y los chistes groseros que excitan su hilaridad. Y siendo esto así, ¿había de consentir que por inexperiencia te expusieras á un percance? ¿Había de dejarte en las astas del toro?

Háblame de tus planes, entérame de tus adelantos y no te olvides de mandarme unas cuantas docenas de billetes la noche de tu *debut*, porque es preciso que las localidades del teatro estén ocupadas por el público imparcial.

CARL. DE PRAVIA.

Anécdota.

Un abogado gastaba por lo comun cuatro ó cinco horas por la mañana en su despacho. Su mujer que no llevaba muy á bien se dedicase tanto al trabajo, fué á buscarlo una vez que se tardaba mas de lo ordinario. El letrado al verla, dejando unos autos que estaba revolviendo, la dijo:

- ¿Tú por aquí, mujer? ¿qué quieres?
- Quisiera ser libre, respondió ella.
- ¿Para qué? le preguntó el marido.
- Para estar siempre contigo.
- Cierto, repuso el abogado, yo tambien lo quisiera, con tal de que fueses almanaque.
- ¿Y por qué?
- Porque se muda todos los años.

Las borrascas de viento y nieve en la Crimea.

Despues de haber en uno de nuestros anteriores números hablado de las tempestades en el mar Negro,

debemos hoy al lector una idea de las no ménos temibles y desastrosas borrascas de viento y nieve que ocurren en la Crimea y Rusia meridional.

Subdividen los rusos estas tremebundas ventiscas en tres clases, á saber: los *Myatyols* ó *Mietyels*, los *Samets* ó *Samjots*, y los *Wyugas*. El *Myatyol* es la borrasca ménos violenta, y viene á ser una ventisca de las ordinarias, que deposita nieve pasajera. Borrasca mas impetuosa y fuerte es el *Samet*, cuyo distintivo son los formidables remolinos de aire que levantan impetuosamente las masas de nieve, y formando una nube espesa, corren á través de los campos.

El *Samet* es muy peligroso y ¡ay del caminante al que le alcanza en terreno abierto! Luego que se vea envuelto por él, no puede ya abrir los ojos: ningún caballo da un solo paso aunque le matasen á palos. El medio mejor para salvarse es postrarse todo lo largo en tierra, y dejar que caiga la nieve; de lo contrario le arrebataría la ventisca como una pluma. El ganado que hay en los campos huye despavorido en todas direcciones, y si al ceder un poco la impetuosa quiere cualquiera proseguir el camino, es el paso tan incierto como si estuviera cogido de un vértigo. Como un temporal de esta clase suele á veces durar algunas semanas, pero por lo regular solamente tres días, sucede que los rebaños ni encuentran ya sus guaridas, ni los habitantes sus moradas, andando errantes hasta que por fin sucumben á la angustia, hambre y frio.

Tambien se verifica en la mayor parte de los casos de esta naturaleza que el ganado, sobre todo las ovejas, vienen sobrecogidas y ciegas de pavor á precipitarse dentro del mar ó de algun rio, ó son presa de las numerosas manadas de lobos hambrientos. Por fortuna conocen ya los pastores bastante bien cuando está á punto de estallar tan tremendo temporal, y entonces tienen buen cuidado de permanecer con sus rebaños en los establos, siendo solo los tártaros los que hacen una excepcion, pues dejan sus ganados todo el invierno á campo raso, exponiéndolos de esta suerte á los peligros inminentes de semejantes ventiscas; de manera que no será exageración si un viajero que se ha detenido mucho en aquel país, pretende que suele haber inviernos, y en caso de repetirse aquellas, en los que perece cuando ménos una tercera parte de sus rebaños.

Si durante un tal *Samet* se encuentra uno al atravesar alguna estepa sobre una colina ú otro punto elevado, se tiene á los piés aquel torbellino ventiscoso que agita con violencia deshecha las masas de nieve que cubren la llanura, mientras que sobre el atónico contemplador de aquel cuadro espantoso viene el sol á depositar sus brillantes rayos. Es lo mismo que si la llanura estuviera cubierta de un mar nebuloso ó glacial, del cual desuellan aun algun punto que otro no inundado.

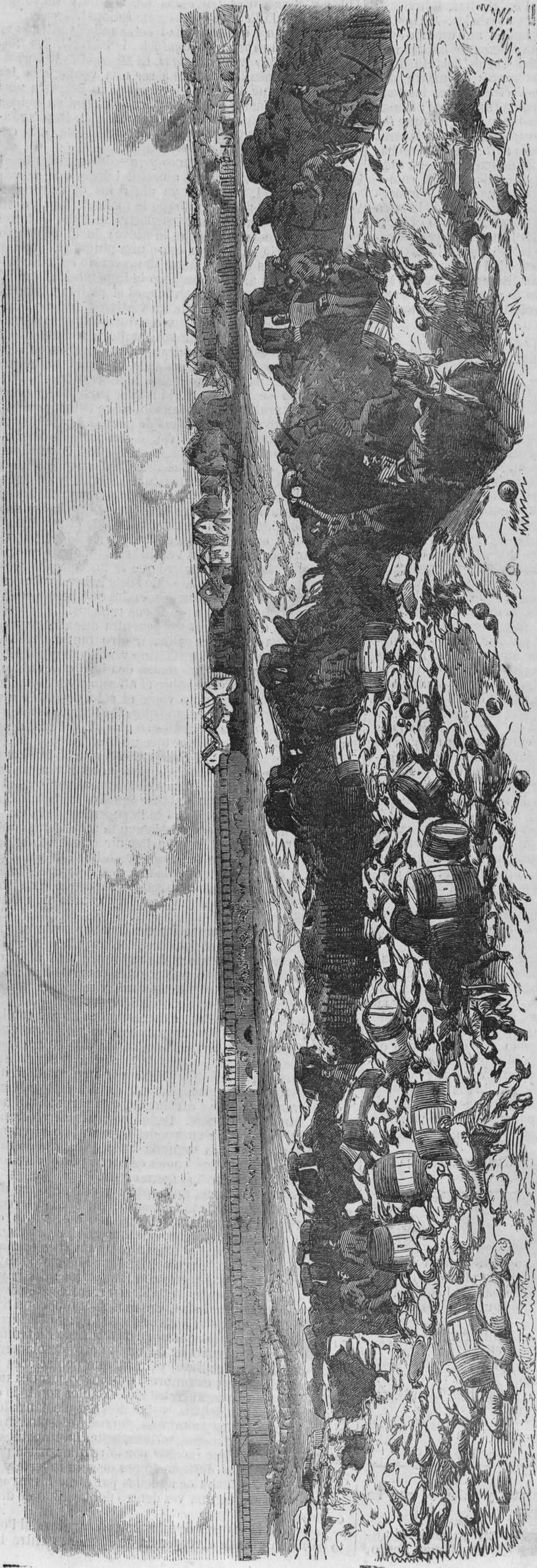
Sin embargo, no es el *Samet* ni con mucho tan horroroso como el *Wyuga*, que de semejantes borrascas es la mas fatal y peligrosa; pues entonces al par con un frio por demás excesivo agitanse aquellos tremebundos remolinos, no solamente sobre la superficie de la tierra, sino que se perciben tambien en la atmósfera, chocándose todas entre sí en revueltas direcciones. Cuando reina el *Samet* hay por lo ménos posibilidad de ponerse á salvo, y guarecido dentro de una casa desaparece todo peligro: una caravana ó carretería agrupada le resiste á veces: mas para el *Wyuga* no hay escudo ni resistencia eficaz.

Felizmente, antes que se desencadena, preséntanse ya con algunos dias de antelación sintomas infalibles: así es que en semejante caso nadie emprende viaje alguno ni aun á los lugares ó poblaciones mas vecinas; se guarda muy discretamente la casa, y se toman todas las precauciones que son consiguientes.

Las hordas de caballos no domesticados huyen con la rapidez del viento á los cercanos bosques, mientras que el ganado vacuno y lanar busca su guarida en cuevas, recodos de colinas, etc.; pues de lo contrario serian infaliblemente víctimas. Comienza por una ventisca de nieve helada, la que gradualmente condensándose, viene á formar una nube ó columna que perpendicularmente atraviesa el aire. Dado que cualquiera escape sano y salvo á este precursor del huracan, no sucederá lo propio al avanzar la segunda línea de batalla de ráfagas y remolinos, los cuales esparcen por el aire los objetos de su presa cual si fuera arena.

Sin embargo de todo, no constituye esto el colmo de cólera del desencadenado elemento; pues en el tercer periodo, que suele iniciarse el segundo día, viene el huracan propiamente dicho, que tomando por momentos cuerpo, vuelca cual si fueran pajas los árboles mas robustos, y los lleva á veces hasta la distancia de una legua, como podria hacerlo con una pluma; destruye casas, cabañas, granjas, establos, arrambla tejados, precipita torres de iglesias, de modo que ya la comarca en la cual ha reinado el aterrorizador *Wyuga* se parece despues á un país que por largo tiempo ha tenido que soportar los horrores de una guerra desoladora, en la cual no se descubren ya mas que poblaciones y caseríos reducidos á escombros, campos y bosques talados. Han sido á veces arrebatados establos con todo el ganado que habia dentro, y que despues de lanzados al aire, á una altura asombrosa, fueron á desplomarse á una distancia no ménos sorprendente. La impetuosidad de este monstruo no cede por lo regular hasta pasados algunos dias, dejando en pos de sí la muerte y la devastación. Por dicha de aquellos países no los invade el *Wyuga* mas que una vez dentro del término de diez ó doce años.

Acercá de las causas de estas borrascas y las del *Pon-to* hay una grande divergencia de opiniones entre los



Lugar de los reducidos rusos tomados por el 98 de línea, á la derecha del cementerio.

geógrafos y naturalistas. La mas admitida es de que la temible zona de las violentas tempestades en el Ponto se forma con los vientos de Norte, que procedentes de las llanuras de la Sarmacia, y despues de atravesar los países hasta las costas del Asia sin encontrar obstáculo alguno, vienen á chocar violentamente con los recios vientos del Sud y Este, tan frecuentes en las elevadas regiones de la Armenia.

Sebastopol.

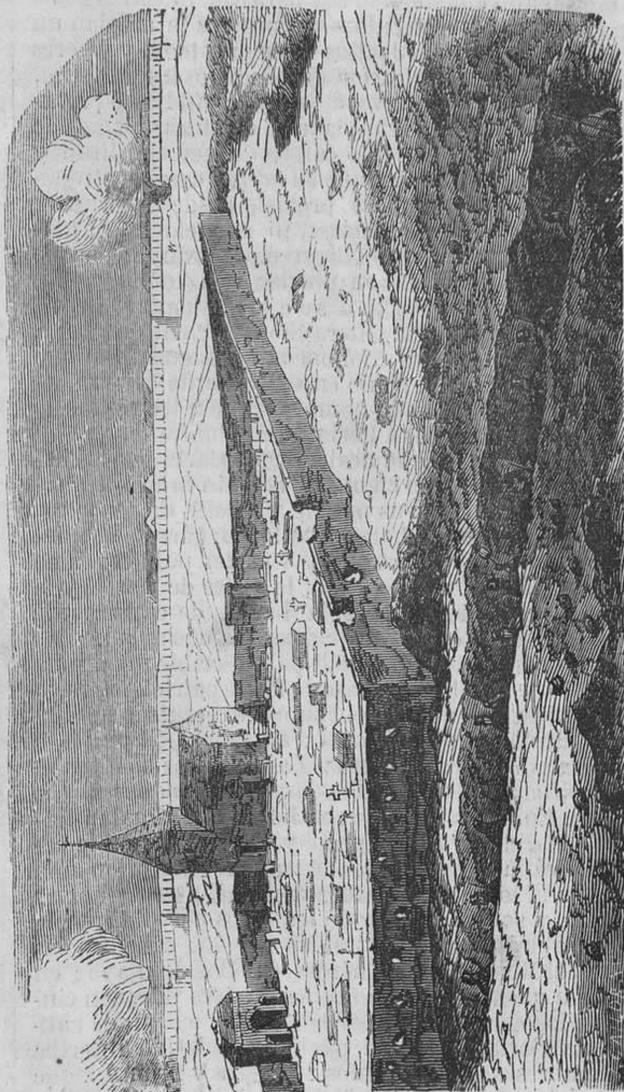
El *Monitor* del 23 de mayo publicaba dos despachos del general Pelissier anunciando la toma de las obras construidas por los rusos entre el bastion Central y la mar en la noche del 22 al 23. Los dibujos que damos aquí han llegado por el último correo. Fácil es reconocer en todos los planos y vistas panorámicas que abundan en nuestro periódico el sitio y la importancia de esos puntos que á consecuencia de las últimas acciones se han vuelto una nueva base de operaciones

Las obras de que se trata en el despacho del 22 al 23 de mayo se habian construido entre el bastion Central y el bastion de la Cuarentena. En los planos de Sebastopol se ve que el recinto se halla dividido en dos partes por el barranco grande del puerto militar. Al extremo derecho se eleva el gran bastion del Mat; á la izquierda yendo hácia el mar se encuentra el bastion Central, así llamado por los sitiadores porque se presenta casi en el centro de la línea que consideramos; mas allá están las baterías que dominan el fuerte de la Cuarentena.

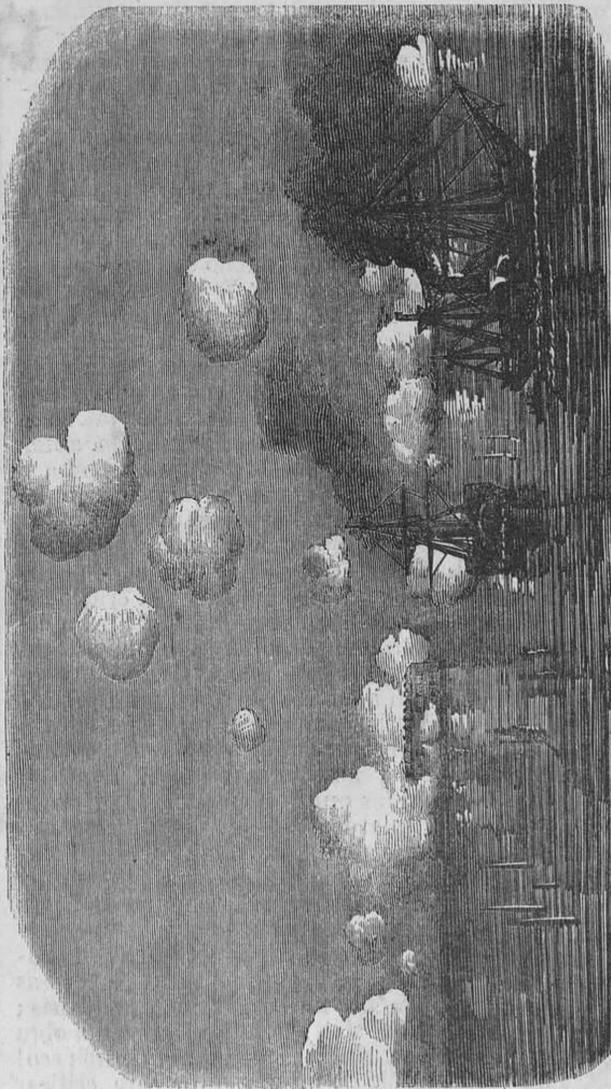
Así pues, por ese lado las tropas aliadas ocupan las partes exteriores del bastion del Mat, el cementerio cerca de la Cuarentena y por último las obras de contra-approche que se elevaban entre este último punto y el bastion

Central; es decir que hoy se hallan en posesion de las partes principales del exterior sobre la izquierda de las obras de sitio.

Esta serie de empresas coronadas de triunfos, tiende á estrechar al enemigo en el recinto de sus fortificaciones arrojándole de sus obras y estableciéndose los sitiadores en los últimos aproches de la plaza, conquistas indispensables ántes de que se lleguen á tomar las primeras líneas de fortificaciones que cubren lo demás.



El cementerio en frente del bastion del Mat.



Bombardeo de Sebastopol por las fragatas de vanguardia.

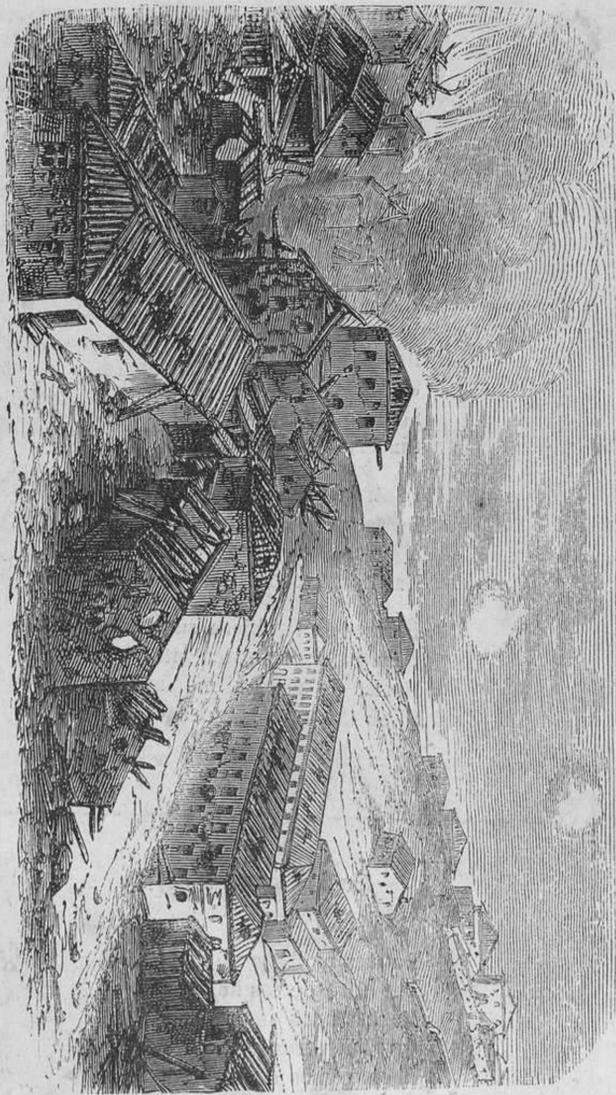
Los aliados ocupan hoy la línea del Tchernaiá, y se hallan establecidos definitivamente en las obras tomadas en las noches del 22 al 24 de mayo. Las noticias anteriores al despacho del general Pelissier de fecha 23 de mayo, hablaban de un reconocimiento hecho por el general Bosquet mas allá del Tchernaiá. Segun estas noticias parece que los rusos fortifican sobre todo el camino de Boidas: fuera del alcance del cañon elevan

obras de tierra al Norte de Sebastopol, y además aumentan el número de las barricadas en el interior de la ciudad.

La reciente ocupacion por los aliados del valle de Tchernaiá, rio que pasa junto al campamento de los aliados, y que tiene su embocadura en la extremidad de la rada bajo las ruinas de Inkermann, es un acontecimiento de suma importancia. Las orillas del Tchernaiá se hallan formadas por escarpas de rocas muy



El arrabal por detrás del muro almenado.



El arrabal por detrás del bastion del Mat.

pendientes. Por un lado se hallaba establecido el cuerpo de observacion de los aliados, en posiciones guarnecidas de reductos. En frente se encontraban los rusos fortificados igualmente, y allí su ejército presentaba una actitud amenazadora. Sobre las rocas mas allá de Inkermann los rusos habian construido baterías de grueso calibre que á pesar de la gran distancia incomodaban mucho á los aliados en sus trabajos del ex-

tremo derecho, y por último, para hacer comprender mejor el interés que presenta la ocupacion del Tchernaiá, diremos que los sitiados se habian cambiado en sitiadores, y que parecia que cada uno de los dos partidos vacilaba en atacar al otro en sus posiciones.

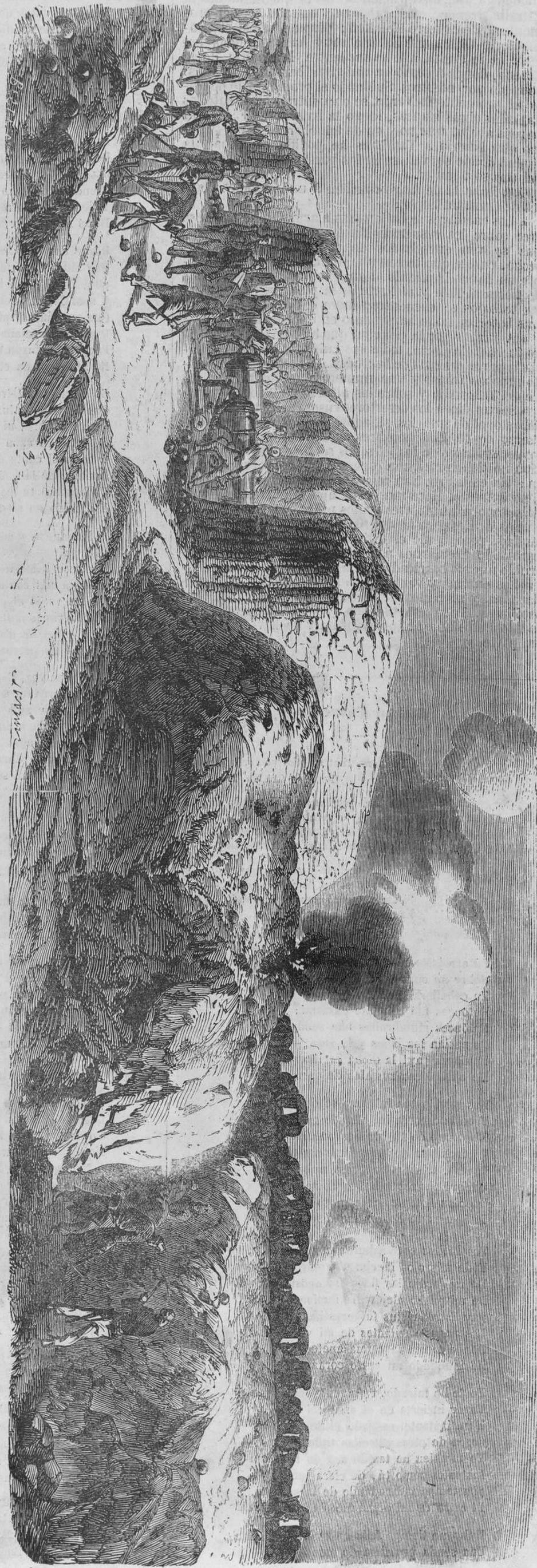
Antes del reconocimiento del general Bosquet se fortificaron las posiciones que rodean la bahía de Kamiész por medio de siete reductos y de un foso de una longitud de tres kilómetros. Todos estos detalles se hallan confirmados por el despacho del general Pelissier de fecha 26 de mayo.

Muchos puntos ocupan los sitiadores, cuya posesion constituye para ellos una serie notable de excelentes conquistas. Las grandes obras exteriores de los rusos tomadas por asalto el 2 de mayo, y las obras mas considerables todavia tomadas en las batallas nocturnas del 22 y del 24 están ya en su poder; se hallan fortificados en ellas; las han unido á la cuarta paralela y constituyen ya buenas líneas de defensa contra las salidas de los rusos, y con trincheras de aproche que ponen á los aliados á 400 metros de las murallas.

Recogemos aquí estos pormenores mientras podemos formar un conjunto histórico donde se encontrarán por orden todas las vistas que nos lleguen sucesivamente.

De este modo, extractaremos ahora de una carta que tenemos á la vista los pasajes siguientes:

« Conozco perfectamente todas las obras y todos los ataques de los rusos por ese lado, desde el arrabal de Karabelnaia hasta el Tchernaiá. Si te encuentras indicado en un mapa el arrabal de Karabelnaia, podrás formarte una idea de todos los trabajos acumulados por los rusos en esos puntos. Un barranco muy largo desemboca en ese arrabal que en el dia no es mas que un monton de escombros. Al lado se



Batería en frente del bastion del Mat.

encuentra una fortificación de tierra que llamamos la Estrella grande; este trabajo se halla al fin del promontorio de la torre Malakoff; despues viene el promontorio Verde, una batería muy fuerte llamada batería de la Punta. Allí se encuentra la batería de la Carena, donde desemboca un gran barranco tambien ocupado por nosotros. Subiendo el promontorio opuesto al promontorio Verde, se encuentran dos baterías llamadas obras blancas, luego la batería del Faro, otra batería abajo, una porción de trincheras, y por último otra batería... Tambien he podido examinar la ciudad donde se ven soldados paseándose; no distinguí una sola mujer.»

Con fecha 12 de mayo escriben á un periódico francés de Constantinopla:

« Los enemigos se hallan mas alarmados de lo que se cree sobre los resultados finales del sitio. Además de que se ven estrechados de muy cerca por su derecha, parece que temen una marcha de los aliados sobre su flanco izquierdo. Han levantado muchas obras de tierra al Este y al Norte de la plaza, pero como estos trabajos se encuentran fuera del alcance de nuestras baterías, no se ha pensado en impedirlos.

» A juzgar por la posición que ha tomado el enemigo fuera de la plaza, todos sus cuidados se dirigen hacia la parte oriental de la ciudad. Por eso ha concentrado muchas tropas y una numerosa artillería en el valle del Tchernaiá y sobre las alturas de Baidar.

» Segun dicen los desertores rusos corre la noticia en Sebastopol de que los sitiadores van á recibir un refuerzo de 100,000 hombres, y añaden que á pesar de las seguridades de los jefes, los soldados de la guarnición no tienen ninguna esperanza de conservar la plaza; sin embargo, han resuelto defenderse hasta el último extremo. Hace mucho tiempo mandaron salir de Sebastopol á las mujeres y á los niños, y formaron compañías civiles para la defensa de ciertos barrios de la ciudad, pero desde el último bombardeo, que nos ha permitido acercarnos á la plaza, los rusos han construido nuevas barricadas en las calles principales.

» Las puertas y ventanas de los pisos bajos están condenadas, y se han practicado en las paredes muchas aspilleras. Todo esto denota que esperan de un momento á otro una acción vigorosa y decisiva por nuestra parte.»

A una Estrella.

Ye stars, that are the poetry of heaven.
BYRON'S *Child's Harold*.

Mas ¡ay! que luego el bien y la alegría
En llanto y desventura se trocó:
Tu esplendor empañó niebla sombría;
Solo un recuerdo al corazón quedó.

Y ahora melancólica me miras,
Y tu rayo es un dardo del pesar:—
Si amor aun al corazón inspiras,
Es un amor sin esperanza ya.

ESPRONCEDA.

Tú arrojaste tus luces fulgurantes
Sobre mi cuna de placer cercada;
Tu cabellera lúcida, adorada
Entonces fué brillante para mí;
Entonces alumbrabas una senda
Do nacian los lirios y la rosa, —
Entonces ¡ay! la dicha cariñosa
Me abrigó con sus alas de carmin.

Mas presto tus fulgores se ocultaron,
Y en la carrera incierta de mi vida,
El campo de tu luz desvanecida
Espinás por do quiera me mostró;
Espesa, triste y vaporosa nube
Quebró tus rayos bellos de zafiro, —
Y en su flotante, caprichoso giro
Imágenes de horror me diseñó.

Tus brillos se perdieron con mi dicha,
Y de mis ojos lágrimas brotaron;
De mi jardín las flores se agostaron;
De mi pecho alejóse la ilusión!
¡Ay Estrella! tus fulgores han guiado
Los pasos vacilantes de mi vida,
Donde nunca la calma apetecida
Ha inundado mi yerto corazón!

Yo te he mirado, refulgente Estrella,
Vagar incierta en el azul del cielo,
Y un instante, rasgado el denso velo,
Cerca de otras estrellas titilar.
Yo tambien he tenido acá en la tierra
Instantes como tú, de clara lumbre —
¡La tempestad rodando de la cumbre,
El astro de mi dicha fué á ocultar!...

Hubo un tiempo feliz en que alumbraste
Una senda purísima de amores:

Tú escuchaste mis lánguidos clamores,
Mis juramentos de constancia y fe;
Tú me viste rendido ante una hermosa,
Que ardentísimo amor me prometia:
Fúlgida luz tu rostro despedía,
En esas horas de fugaz placer!

Mas pronto me dejaste entre tinieblas,
Y al despertar halléme solitario,
Envuelta mi cabeza entre el sudario,
De la triste, espantosa realidad...
ELLA robó mi corazón, mi calma,
Prendió mi pecho del amor al fuego, —
Y despreciando mis lamentos luego,
Huyó de mí la cándida bondad!...

Desde entonces acá tus tristes rayos
Han alumbrado mi incansable llanto:
¡Oh, Estrella, tú has mirado mi quebranto,
Y sentido mi pecho respirar!
Que aun duran mis promesas de otro tiempo,
Que aun permanece mi pasión profunda, —
Porque la chispa del amor, fecunda,
No se apaga en constante corazón...

En adelante, Estrella temblorosa,
Que vertiste tu luz sobre mi cuna, —
Sin esperanza, ni ilusión alguna
Mi yerto corazón encontrarás.
Cuando el canto del ave en la floresta
Anuncie de la noche la venida,
Yo buscaré tu luz descolorida,
Y sumido en el duelo me verás.

Al lanzar tus destellos débilmente,
El arpa pulsaré de la agonía, —
Y el eco triste, de la selva umbría
Llevará mis cantares por do quier.
Tú me verás al pie de los arroyos,
Mis lágrimas juntar á su corriente,
Y al Ángel de las sombras, reverente,
Confiar mi profundo padecer.

Si alguna vez, Estrella, en tu camino
Encontrares la estrella de mi amada,
Díle que de ELLA vivirá grabada
En mi pecho la imagen celestial.
Díle que la amo, aunque debiera odiarla,
Que siempre durará mi juramento; —
Que domina mi ser, mi pensamiento,
Que es mi Fada, mi Génio, mi Deidad.

Díle que, aunque perjura, no la olvido,
Que siempre la reguerda mi memoria,
Y que jamás olvidaré la historia
De nuestro puro y fugitivo amor;
Que gimo triste y desolado paso
Una existencia sin amor, sin brillo;
Que la amo, sí, pero que nunca humillo
Mi frente so la mano del dolor...

Que la recuerdo al despuntar del alba,
Al esconderse el sol en Occidente,
Al rodar por la peña la corriente,
Al romper la azucena su botón;
Que mis ojos la buscan por do quiera;
Que en todas partes la levanto altares;
Que alzo por ELLA lánguidos cantares,
Ecos de mi abatido corazón!

¡Adios, Estrella! Errante entre la niebla
Casi pierdes tus tristes resplandores;
Un porvenir sin brillo, sin amores
Me dejas entre nubes casi ver,
—No importa!— Tengo un alma que desprecia
Las penas y rigores de la suerte: —
¡Oculta tu fulgor, y que la muerte
Termine mi angustioso padecer!...

J. M. TORRES CAICEDO.

A CORINA

EN SU DIAZ

Corred, versillos mios,
Corred en raudo vuelo,
Y á mi gentil Corina
Felicidad muy tiernos:

A la sin par zagala
Que en los márgenes bellos
Del Bétis, siempre clara
Es de gracias modelo:

Llegad muy respetosos
A ofrecerla el incienso
De mi grata memoria,
De mi fino recuerdo.

Decidla, si afligida
La encontrareis sintiendo
De sobresalto llena
La ausencia de Fileno,

Que sus pesares temple,
Que ausencia de un momento,
Por breve no merece
Anublar su contento;

Que su graciosa imagen
Ocupa siempre el pecho
De aquel que por su dicha
Hace votos al cielo;

Porque viva felice
Sin penas y sin duelos
Cercada de placeres,
Colmada de contentos.

Por último, decidle
Con el suave acento
Que cautiva las almas
Sin inspirar recelos,

Que el tiempo no malogre,
Que aproveche su tiempo
Que es precioso, y no torne
Hacia atrás ni un momento.

A TIRSA.

ROMANCE.

¿Porqué, Tirsa, tal desvío
A par del halago tierno?
¿Porqué tus ojos me dicen
Lo que me calla tu acento?

¡Nunca por mí mal vinieras
A causar tantos desvelos
Desde la ciudad de Alcides
Donde fué tu sol primero!

Pues á la vez que tus gracias
Han turbado mi sosiego,
No me es dado averiguar
Si eres sensible á mi afecto.

La pasión que me inspiraste
Mis tristes labios dijeron,
Cuando humilde, respetoso,
Te expliqué mi amor sincero.

No del rayo el fiero golpe
Sigue tan veloz al trueno,
Como al mirarte impasible
Quedé absorto y sin aliento.

¡Qué indiferente me escuchas!
Y no dando ni un acento
Por respuesta á mi plegaria,
Me dejas frio cual hielo.

Desesperado te escribo
Un papel lleno de fuego,
Sentido cual yo lo estaba,
Sincero cual es mi afecto.

Cuatro vueltas ha descrito
Despues Febo al hemisferio,
Y no á contestarme tú
Has consagrado un momento.

Hazlo de cualquiera suerte
Para calmar mi tormento;
Moriré de amor si me amas;
Si no me amas, de despecho.

M. G.

La Ingratitud.

La mas modesta página
Del libro de las flores
Refiere unos amores
Que mil veces leí,
Y en versos siempre fáciles,
Con majestad graciosa,
— « Eran, dice, una rosa
Y un cándido alelí.

» Brillaban á la tímida
Luz de la aurora bella,
Jóven y hermosa ella,
Hermoso y jóven él.

Y nunca el blando céfiro

En su valor constante

Vió rosa más amante

Ni un alelí más fiel.

» El de esperanza trémulo

Dió un suspiro un día;

Más, ah, como solía,

La flor no suspiró.

» Entonces melancólico,

Doblando la cabeza,

De profunda tristeza

El alelí murió.

» Regó con tristes lágrimas

Su ingratitud la rosa,

Y pálida y penosa

Pasó su juventud.

Porque flores y céfiro

Huyeron de la ingrata

Y aprendieron que mata

La negra ingratitud.»

JOSE SELGAS Y CARRASCO.

La Casita del Soto.

(Conclusión.)

Isidoro volvió á la Casita, y se arrodilló con las manos cruzadas sobre la tumba de su madre.

— Perdonadme, madre mía, exclamó, pero amaba á Onesilla y quizás iba á quedar impune el crimen que os ha matado. Dios no lo ha permitido; ya soy libre, madre mía, ya puedo consagrarme enteramente á la venganza que os he jurado en mi corazón y cuyo juramento os renuevo de rodillas sobre el sepulcro en que yacen vuestros despojos.

Isidoro dejó el arrendamiento de la Casita del Soto y vendió cuanto en ella le pertenecía; el asno, la vaca, los muebles, todo lo redujo á metálico. De esta almoneda general solo exceptuó los objetos que habían servido al uso particular de su madre; estos los reunió en un montón sobre la sepultura, les prendió fuego y miró como ardían hasta que solo quedaron las cenizas.

Hecho esto se abotonó sus largas polainas de cazador furtivo, tomó su escopeta, silbó á su perro y se fué.

Mucho tiempo pasó, y nadie habría podido dar noticias de su paradero.

El cabo Roussel para distraer á su hija Onesilla la llevó á pasar una semana en París, y en varias ocasiones la habló de boda. Iba á cumplir ya diez y nueve años, los pretendientes abundaban y no tenía más que abrir la boca. Su padre de antemano accedía á todo, y la prometía unas bodas muy lujosas, sin contar los vestidos, las alhajas, la corona, etc., en una palabra, no negaría nada á su querida hija. — Pero Onesilla permanecía insensible á todas las seducciones.

Sucedió por entonces que el cabo recibió en Bourron la visita del hijo de uno de sus antiguos compañeros de regimiento. Era un hermoso joven de veintitres años, con el bigote retorcido, de humor alegre y que llevaba sobre su brillante uniforme de lancero las charreteras de alférez. Su regimiento daba guarnición en Fontainebleau, y su padre le había mandado que fuera á visitar al cabo Roussel, su antiguo compañero de armas.

Hablaron, refrescaron (el cabo no admitía que se pudiera conversar á secas) y cuando el alférez montó de nuevo en su hermoso caballo para volver á Fontainebleau, no lo hizo sin volver la cabeza con el ánimo de echar una postrer mirada á la hermosa Onesilla, que por su parte, debemos confesar que vió al joven militar con ojos favorables. La joven educada en una especie de veneración por los grados que constituyen la gerarquía militar, no había podido ver sin sorprenderse y admirarse á un hombre tan joven que llevaba ya la charretera, en tanto que su padre al cabo de veinticinco años de servicio estaba todavía en los galones de plata.

El alférez volvió, y como el cabo enorgullecido le animaba, á poco tiempo su paseo ordinario era Bourron, en donde aparecía tres y cuatro veces por semana, en fin, todas las veces que se lo permitía su servicio. El cabo adivinando la intención se sonreía interiormente con la esperanza lisonjera é inesperada de contar por yerno á uno de los oficiales del ejército; pero no cometió la torpeza de insinuárselo á su hija.

— Dejemos que las cosas sigan su curso. Y en efecto, no tuvo que arrepentirse de su propósito.

El joven oficial, perdidamente enamorado, se aprovechó de un día en que el cabo estaba ausente para hablar á Onesilla de su amor y de sus proyectos.

— Antes de declararme á vuestro padre, la dijo el alférez, quiero saber si os mostráis favorable á mi pro-

yecto, pues en otro caso me hallo bien decidido á retirarme.

Onesilla encontró este modo de proceder muy delicado, y no pensando ya en Isidoro, que por otra parte jamás habría tenido tan hermosas franjas de plata en una levita de uniforme de paño tan fino, dió la autorización que la pedían.

El antiguo soldado, padre del oficial, fué de intento á Bourron para presentar oficialmente la petición de su hijo. ¡El júbilo fué muy grande! ¡Dos antiguos amigos que no se habían visto después de la guerra de España! — Ya no se separaron hasta que se concluyeron las fiestas de las bodas, celebradas á mediados de octubre.

Onesilla, mas hermosa que nunca, recibió las felicitaciones de todo el mundo y fué con su marido á vivir á Fontainebleau. Quería entrañablemente á su esposo, pero por mas que se quiera olvidar un segundo amor no tiene la frescura del primero; — su marido la amaba, mas no tanto como á las charreteras de capitán en las que pensaba mas á menudo que en su mujer.

Poco tiempo después de aquella hermosa ceremonia, por una mañana del mes de noviembre muy temprano, un hombre subía lentamente el sendero de los Trembleaux. En sus largas polainas de cuero ennegrecidas por el uso, en la inseparable escopeta que llevaba al hombro, y sobre todo en su perro que á pesar de sus hábitos de reserva brincaba de júbilo al encontrarse cerca de la Casita del Soto, no habría sido difícil reconocer á Isidoro.

Se fué derecho hacia el extremo del jardín donde había enterrado á su madre, ¡pero todo había desaparecido!... El dueño de la Casita queriéndola alquilar ó vender había temido sin duda que aquella tumba que daba al jardín un aspecto de cementerio desagradara á los arrendatarios, había arrancado los abetos y nivelado el terreno.

Isidoro indignado, necesitó orientarse para encontrar el sitio de la sepultura, pues apenas era de día. Se arrodilló y rezó sobre aquella tumba sagrada cuyo puesto nada marcaba ahora, y levantándose al cabo de poco rato, se retiró lentamente lanzando sobre la casa del profanador una mirada penetrante y fría como una condenación. — Aquel lugar que su madre había habitado, aquel jardín que había cultivado con sus propias manos no conservaban ya, y en tan poco tiempo, ningún recuerdo de la que había vivido allí tantos años.

El joven se metió por senderos incultos y se dirigió hacia el cantón menos frecuentado quizás de todo el bosque, los matorrales próximos á la plazoleta llamada de la Cruz del Gran Maestro.

Aquel mismo día, el 2 de noviembre (el día de difuntos) el gendarme Maillot y el cabo Roussel que habían ido la víspera á Thomery, seguían juntos el camino de Bourron, al paso de sus caballos, la carabina en el arzon y hablando.

— Eso se llama suerte, señor cabo, decía Maillot; tener por yerno un alférez que á bien decir con respecto á su edad no es mas que un recluta todavía. Es seguro que llegará á capitán, y que puede ser nombrado comandante de escuadrón antes de su retiro, y esto sin contar la cruz.

— ¿Y porqué no ha de ser coronel?

— ¡Coronel! ¿creéis pues, señor cabo, que se puede llegar á ser coronel?

— Y los que ya lo son, imbécil.

— Es verdad. Pero á fé mía que vuestra hija todo se lo merece... Ahora que es gran señora es preciso verla... Pero hémos aquí en la Cruz del Gran Maestro, el sitio aquel de Isidoro... ¡Tunante! cómo nos ha hecho correr por estos sitios. Es un gusto ahora que no está aquí para hacernos levantar de madrugada y pasar las noches bajo la bóveda del cielo.

Y como Maillot se felicitaba de esta buena fortuna, resonó un escopetazo á la izquierda de los gendarmes, entre un grupo de árboles verdes que se extiende hasta el sitio llamado la Montaña.

— ¿Qué es eso?

— Un escopetazo, bien lo hemos oído.

— Esto sí que parece mentira.

Y se detuvieron casi dudando, pues no podían creer tanto descaro, pero un poco de humo que se elevaba sobre las copas de los árboles les vino á demostrar que habían oído perfectamente.

— Maillot, dijo el cabo, derecho y adelante... á galope... caerá sobre las Ventas, y allí estaré yo para recibirle.

Maillot lanzó su caballo, Roussel el suyo y en breve se perdieron de vista. El bosque cortado bajo, y muy frondoso, ni aun para un hombre á pié estaba bien practicable.

Maillot fué el primero que distinguió al cazador.

— A él, señor cabo, gritó creyendo que el hombre iba á escaparse, pero el cabo estaba ya demasiado lejos para oírle, y el hombre en vez de huir se volvió y se fué derecho al gendarme.

— ¡Isidoro! exclamó Maillot luchando en vano contra el espanto que aquella aparición le causaba.

— Sí, yo soy... un poco pálido, un poco adelgazado, porque no en valde se sufre todo lo que yo he sufrido... pero me quedan buenas las piernas y mejores los ojos... ¡Ah! con que al fin os encuentro asesino

de mujeres... Hace mucho tiempo que os espío... pero al cabo os tengo aquí y no me quejo de mi trabajo... voy á mataros.

El gendarme alzó su carabina... pero helado con la fría impasibilidad de Isidoro que ni siquiera hizo un movimiento, la bajó, digámoslo así, á pesar suyo.

— Tira pues, asesino... pero estás temblando; un hombre no es una mujer, y tienes miedo delante de mí, cobarde... tira, tira pronto... yo he venido aquí para matarte y te mataré... pero defiéndete, porque no quiero cometer un asesinato.

El gendarme tiró... Isidoro sin moverse apuntó á su vez, y cuando Maillot echaba ya mano á sus pistolas, una bala le entró en el cráneo por en medio de la frente y le dejó muerto... un segundo disparo mató á su caballo.

Si el cabo no oyó la voz de Maillot, oyó muy bien los tiros. Aquellas tres descargas consecutivas le hicieron acudir á escape con la carabina alzada y el sable desenvainado. No se habían pasado dos minutos después del último tiro cuando su caballo se encabritó al olor de la sangre que mojaba la tierra arenosa. Un grito de horror se escapó del pecho del cabo: aquellos dos cadáveres presentaban un espectáculo horroroso; el caballo en sus últimas convulsiones cubría de tierra el rostro ensangrentado del gendarme.

Con el dedo en el gatillo y los dientes apretados el cabo escudriñaba con los ojos las sombras profundas de los matorrales donde había debido refugiarse el asesino, cuando de repente sintió que le levantaban por una pierna y cayó del otro lado antes de que hubiera tenido tiempo para defenderse. Al mismo tiempo Isidoro se deslizaba por debajo del caballo, de manera que apenas el cabo estaba en el suelo, cuando ya tenía sobre el pecho la rodilla de Isidoro!

— ¡Miserable! ¿erais tú?

— Yo mismo: ¿habeis pensado que no me debiais nada, cuando me habeis abofeteado y cuando habeis sido cómplice del asesinato de mi madre?

— ¿Y te atreves á hablar de asesinato?

— Está bien, no os reconozco por mi juez.

Y entretanto Isidoro arrancaba los cordones al cabo, y por medio de un nudo corredizo le ataba fuertemente las muñecas.

— ¡Infame! acaba conmigo en seguida, como has hecho con ese pobre Maillot... ¿qué quieres hacer conmigo?

— Ahora lo veremos.

Y con la correa de la carabina ataba los pies al cabo como había hecho con las manos.

— ¡Ah! habeis asesinado á mi madre... ¡me habeis abofeteado!... el que olvida una injuria es un cobarde.

Y sacó un puñal.

— Asesino cobarde, gritó el cabo fuera de sí con aquella muerte innoble que veía le preparaba Isidoro... toma mi carabina, cargada está... pero que á lo menos muera como un soldado.

Isidoro, sin responder, le cortó su tahalí y su cinturón, le arrancó los galones y las charreteras, y concluida esta tarea alzó la mano sobre el rostro del cabo tendido en el suelo.

— Tengo cincuenta y cinco años, exclamó el infortunado sin defensa contra aquel inevitable ultraje.

— Mi madre tenía sesenta, respondió Isidoro.

Y su mano, como en otra ocasión la del cabo sobre él, cayó sobre la mejilla del cabo, dejando estampada la huella de sus dedos.

El gendarme lanzó un rugido. Los ojos le saltaban de sus órbitas y sus labios estaban blancos de espuma.

— A cada cual le llega su San Martín, dijo Isidoro levantándose.

Y recogió la carabina de Roussel, la tiró al aire y rompió la culata contra una piedra; después tomó su sable y le partió, y lo mismo hizo con la vaina.

— Cabo Roussel, sois soldado, y un soldado puede lavar tales insultos, sobre todo cuando se sepa que quien os ha puesto en tal estado ha sido Isidoro, el ladrón de caza... Si he matado á Maillot, y si os dejo la vida, es porque al cabo y al fin, aunque la habeis casado con otro, sois el padre de Onesilla á quien he amado y me correspondía. Además no fuisteis vos quien habló, sino Maillot, el que se reía luego de su broma.

Y dicho esto quitó los arreos al caballo dejándole solo las bridas, le montó en pelo y corrió hacia la Casita del Soto.

Todo este drama había durado mucho menos tiempo del que hemos empleado en contarle. Por lo demás, á Isidoro le importaba poquísimo que le sorprendieran; desde la muerte de su madre había consagrado su vida á su venganza, y una vez vengado, todo lo demás le era indiferente.

En la Casita solo permaneció el tiempo suficiente para incendiarla, y para que no pudieran apagar las llamas la prendió fuego por seis puntos diferentes. — Una hora después era una inmensa hoguera, y al otro día era un montón de escombros.

— Mi última ejecución está acabada ya, dijo montando de nuevo á caballo; negaron á mi madre un puñado de tierra y yo la doy un incendio... es casi un monumento.

En la noche de aquel día terrible llevaron á Bourron al cabo Roussel, como también el cuerpo del gendarme Maillot. A la otra mañana se encontraba el caballo del cabo en las orillas del Sena, cerca de Samoreau, lo que hizo suponer á algunos que Isidoro se había ahogado.

Es verdad que circularon y circulan aun otras versiones, pues todavía no se ha dejado de hablar en la comarca del cazador de la Casita del Soto. El hecho es que no se le volvió á ver el pelo y que todas las investigaciones de la policía fueron inútiles, pues ni vivo ni muerto se ha podido hallarle.

Al gendarme Maillot le hicieron un gran entierro, al que asistió un destacamento de la guarnición de Fontainebleau, pues querían con esta pompa inusitada estimular el celo de los gendarmes. El cabo fué condecorado y obtuvo un ascenso; el infeliz había envejecido diez años en aquella lucha de un instante. Roussel no creyó en la muerte de Isidoro, y á pesar de todo su valor se ponía desencajado cuando oía mentar la encrucijada del Gran Maestre.

La Casita no se ha reedificado, y aun hoy ostenta todavía unos paredones ennegrecidos en un lado del Soto. A. B.

CELEBRACION DE LAS FIESTAS DE SAN JUAN EN FLORENCIA.

El día de S. Juan se celebra desde hace siglos en Florencia con grandes fiestas y

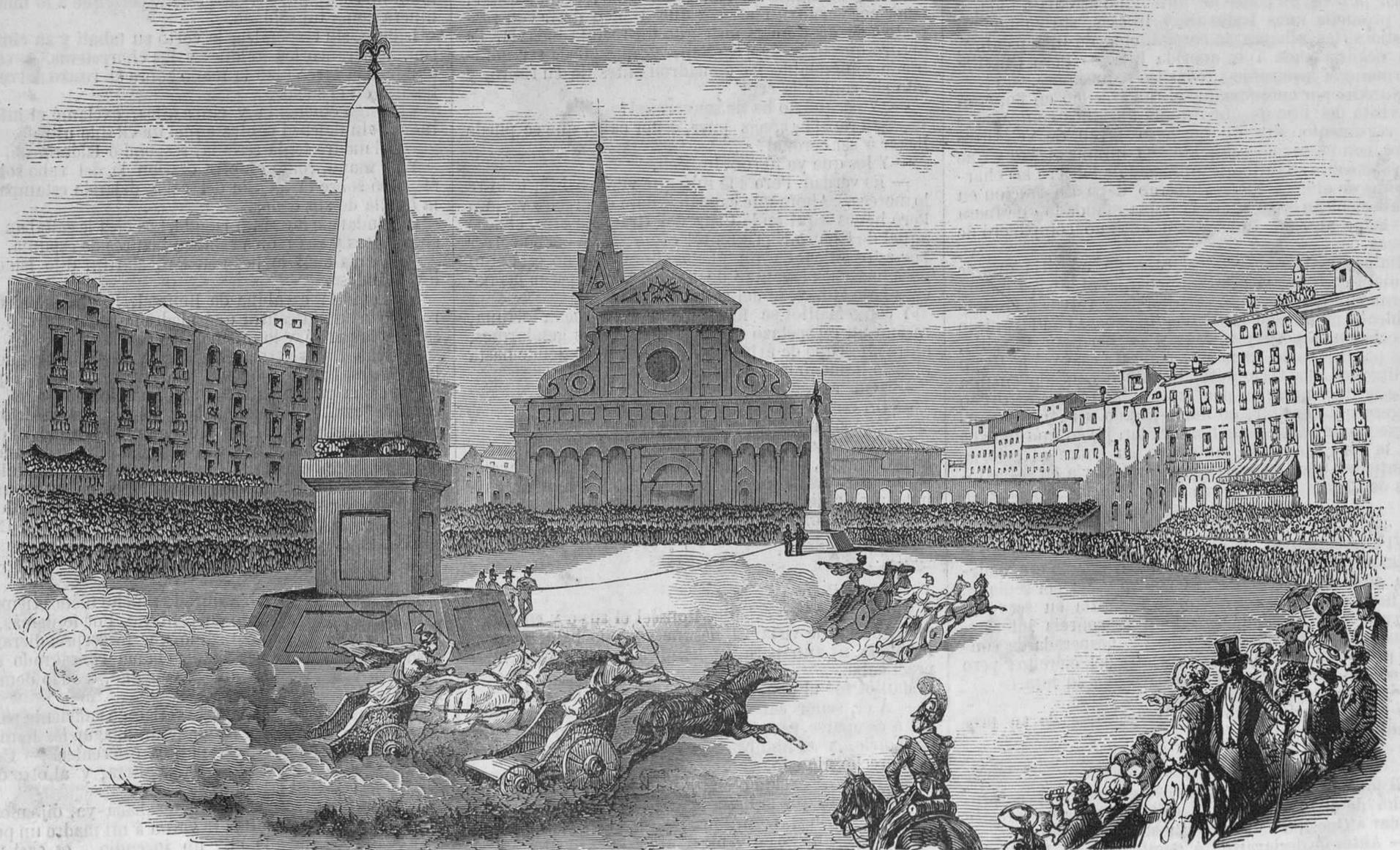


Fiestas de San Juan en Florencia. — Carro anunciando la fiesta.

regocijos públicos en que toma parte la casi totalidad de la población florentina. Excepto las *cascinas*, paseo situado fuera de la puerta de Pisa, que es el Longchamps perpetuo de Florencia, exceptuando también la prolongada vía comercial recientemente establecida que une el palacio viejo con la catedral, hay pocos sitios mejor situados ni más favorables para las ceremonias públicas que esa cinta de piedra que entre dos murallas de casas elegantes y de palacios almenados va del Domo á Santa María Novella. San Galo, la Scala, Cocomero, son vías más anchas pero menos centrales. Además esa calle *dei Bianchi* (por *Bianchi*, Blancos), es la página más ardiente de la historia de Florencia, ha sido el gran teatro de sus acontecimientos más notables. Allí parecen más reunidos los recuerdos dantescos; la familia Portinari, y por consiguiente Beatriz, habitó en esa calle y posteriormente vivió en ella también Bianca Capello. El papa Eugenio IV fué el día de S. Juan de 1438 de Santa María Novella donde habitaba, siguiendo esa calle hasta la catedral (entonces Santa Reparata) que Brunelleschi acababa de terminar.

La primera de nuestras viñetas, ó llámese *el anuncio*, figura la plaza de la Trinidad en el desembocadero de Largo-Arno, junto al palacio Scheneiderff, que fué en otro tiempo uno de los palacios almenados de los Médicis.

La segunda representa la plaza y el obelisco de Santa María Novella en el momento de las carreras de los *cocchi*



Carreras de los *Cocchi* en la plaza Santa María Novella en Florencia.

chi, uno de los pormenores de la fiesta instituida por Cosme I en honor de S. Juan, el patron de Florencia. En estas carreras imitadas de las que se hacian en la antigüedad, salen á relucir en el día los cuadrigas y los colores del circo romano, blanco, color de rosa, escarlata y verde. El tercer episodio ó la carrera de los Barberi, tiene lugar en la Piazza S. Piero.

Así como todas las fiestas públicas estas se concluyen con fuegos artificiales que tienen lugar sobre el puente alla Carraia no lejos de la punta S. Freddiano, por la cual entró en Florencia Carlos VIII, viniendo de Liorna en el año 1494. Antiguamente el árbol de los fuegos artificiales figuraba el espectáculo del infierno, en el que mezclaban la fantasmagoría del Dante:

Divers vocie, orribili favelle,

« Todo aquel, decia el anuncio de aquellos tiempos todo aquel que desee saber noticias del otro mundo, no tiene mas que ir al puente de la Carraia; » y una vez sucedió (en las fiestas del año 1378) que los fuegos artificiales alumbraron una horrible catástrofe, y que el cartel habia adivinado: el puente se hundió bajo montones de hombres que fueron sumerjidos en el Arno.

F. B.



Llegada de los Barberi al arco San Piero.

OBRAS PUBLICAS EN MARSELLA.

El día 13 de noviembre de 1849 se celebró en Marsella un acontecimiento memorable, la llegada por primera vez á la ciudad de las aguas del Durance, mediante un canal en cuya construcción se gastaron sumas considerables, pero que en el día está haciendo ya inmensos servicios tanto á la industria como á los particulares en el interior de la vida doméstica. El pensamiento de esta construcción colosal pertenece á una época antigua ya : el 5 de mayo de 1834 el consejo municipal de Marsella decidia la creación del canal y el 12 de julio de 1838 aprobaba el proyecto trazado por M. de Montricher, ingeniero de puentes y calzadas, y en los últimos días del mismo año se comenzaban tan importantes obras. Para formar se una idea de todo su valor, no hay mas que pensar en la distancia á que se encuentra el Durance cuyas aguas se han ido á buscar á unas veinte leguas.

Este canal arranca como hemos dicho en el Durance cerca de Pertuis; su longitud es de 83,000 metros de un extremo á otro y de 74,630 metros en el territorio de Marsella: sobre esta longitud se han ejecutado mas de 21,000 metros de trabajos subterráneos.

El canal se dirige por la llanura del Pay-Sainte-Reparate, pasa en subterráneo detrás de la aldea de Saint Esteve, se desarrolla ante las hermosas ruinas del castillo de Janson, y atraviesa el camino departamental de Aix á Cadenet por una bóveda de 14 metros de altura. Despues de haber pasado por la antigua abadía de Sylvaranne y los magníficos parques de la Roquette Autheron, se lanza cerca de Charleval sobre dos graciosos acueductos, el de Yacourelle de 49 metros de alto y de 74 de largo, y el de Valbonnete de 90 metros de largo con 18 de alto. Cerca de Vernigens, el canal se vuelve hácia el Mediodía y atraviesa la cadena de los Taillades bajo un túnel de 3,700 metros. Esta obra presentó grandes dificultades y fué preciso emplear una máquina de vapor de 100 caballos para sacar las aguas que, para no citar mas que un ejemplo en un solo pozo se

elevaron á 60 metros sobre el fondo de la galería y daban 300,000 litros de agua por hora ó sean 83 litros por segundo.

En el valle de Tambese, y no lejos de este punto, el acueducto de Valmonse de 26 metros de altura sobre 170 metros de largo, recibe las aguas del canal, que continúa su camino por el bosque de Tabarden, corta la cadena de Aiguilles por 14 subterráneos y llega así hasta el valle del Arc; sube este valle, pasa junto á la montaña de Ventabren, encuentra el inmenso desfiladeo

de Roquefarour que atraviesa sobre un acueducto de 82 metros de altura y de unos 400 de longitud; atraviesa despues el valle de la Merindolle, luego el camino de Aix á Mustignes y llega por fin al territorio de Marsella, despues de haber pasado la cadena de la Estrella por medio de dos bóvedas de 3,500 metros cada una.

Entre todas estas obras atrevidas que acabamos de

enumerar sesamente, el puente de Roquefarour basta para inmortalizar la ciudad que le hizo construir y el ingeniero que dió cima á la obra; aquí el genio moderno ha sobrepujado al genio antiguo en sus conquistas pacíficas sobre la naturaleza, y sin exajeracion podría decirse que ha producido la octava maravilla del mundo.

Tres hileras de arcos sobre puestos encadenan una cúspide á otra con sus largas guirnaldas de piedra; la primera hilera cuenta 12 arcos, la segunda 15 y la tercera 53; la anchura total del monumento es de 13 metros 60 cent. por su base, y de 4 metros 50 cent. por arriba.

El canal, que suministra 10 metros cúbicos de agua por segundo, ha costado á la ciudad de Marsella sobre unos 22.000,000 de francos.

Marsella, la reina del Mediterraneo tenia sed, y era preciso poner en juego todos los medios hasta los mas inverosímiles para alimentar sus fuentes con las aguas del Durance, y en efecto abundando ya el líquido gracias á esos trabajos gigantescos, Marsella se encuentra hoy al abrigo de aquella calamidad que la devoraba en otro tiempo.

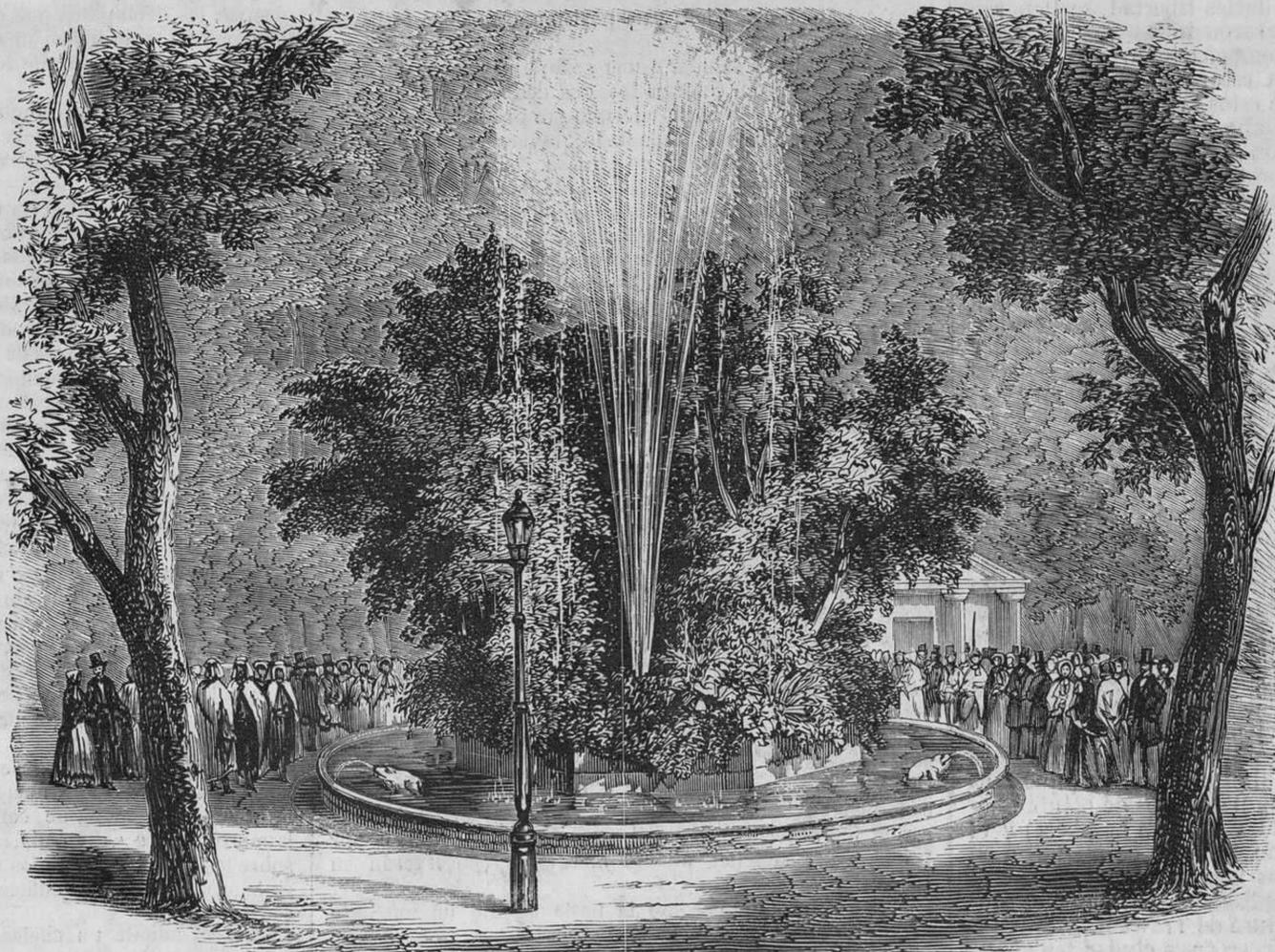
La Fuente monumental que representa nuestro dibujo es de creación mas moderna; esta fuente elevada entre las arboledas de Meilhan, se halla alimentada por las aguas del canal del Durance. El agua parece saltar de un bosquecillo de arbuto para caer despues convertida en rocío. El surtidor se lanza y se eleva como un cohete diamantino con una velocidad de 25 m. por segundo, y figura perfectamente alguna de las maravillas del parque de Versalles transplantada bajo el hermoso cielo de la Provenza.

Birma y los ingleses.

Mientras que la Gran-Bretaña sostiene en Europa una guerra tan formidable, hé aquí que en India se condensa para ella una nueva tempestad. Ha llegado á Calcuta un embajador de Birma, á fin de reproducir las pretensiones del nuevo rey dirigidas á que se le restituya el territorio de Mengdun que le fué arrancado en la última guerra, y como Inglaterra difícilmente accederá á tamaña demanda, hay que esperar vuelvan á romperse las hostilidades. La comarca en cuestión, si bien de escaso desarrollo, es de suma importancia para el rey, el cual, reasumiendo en su persona todo el comercio del país, ha menester de un puerto marítimo. Y si por otra parte los ingleses ceden, será interpretado por los birmanes como un acto de debilidad, perdiendo además el gobierno todo el peaje en la nueva provincia de Pegú, dado si se desprendiese del puerto mejor de que dispone en aquel país.

El embajador birman Dalla Wun ó señor de Dalla, arrabal de Rangun, se presentó el 13 de diciembre del año próximo pasado en Calcuta con una pompa deslumbradora. Venia en un carruaje

semejante á los que gastaban los triunfadores de la antigua Roma, acompañado de ocho porta-sombrillas, y al apearse en el palacio del gobernador general inglés le recibió este en el vestíbulo ó columnata de mármol. Tanto el enviado como los que formaban su séquito llevaban sombreros de forma cónica muy apuntados y un ropaje de terciopelo de color carmesí oscuro, guarnecido con raso amarillo.



Nueva fuente en las arboledas de Meilhan en Marsella.

La caja de oro que encerraba la carta credencial del rey iba colocada dentro de un retazo de terciopelo con los diferentes regalos que consistían en rubíes de gran valor, telas de lujo extraordinario y colmillos de elefante. El gobernador á su vez hizo al embajador también su presente, que consistía en una sortija de diamantes.

Para mejor comprender las circunstancias particulares, se nos licito trazar un bosquejo relativo á Birma y su historia. Birma, ó el imperio de los Mrammas, como los habitantes mismos se denominan, fué hasta el año de 1832, en cuya época se segregaron de él los estados del Pegú, quedando incorporados á los dominios que los ingleses tienen en aquella apartada region, el imperio mas notable de la India transgángética. Tiene por límites al N. el Assam y el Yun-Nan (provincia de China), al E. el Yun-Nan y el río Saluen, al O. el Aracan, el Ksasai, al S. el golfo de Bengala. Su territorio es en gran parte llano con un número infinito de pequeños ríos y lagos; su fertilidad es extraordinaria, siendo los principales productos el arroz, algodón, caña de azúcar, té, indigo, en fin, toda clase de frutos tropicales; sus buques surten de excelentes maderas de construcción, y las montañas, en las cuales hay regiones desconocidas aun, se explotan minas de oro, estaño, plomo, hierro, antimonio, azufre, piedras preciosas, jaspé y mármoles. Críanse en su término muchos elefantes, y otros animales indo-transgángéticos. Los naturales, cuyo número hace subir Crawford á cuatro millones y medio, se semejan en sus facciones principales, tanto á los chinos como á los habitantes del Hindostán, y se dividen en diferentes tribus supeditadas á un solo soberano. El poder que este ejerce es absoluto: consúltase sin embargo en asuntos de alguna gravedad con las personas mas caracterizadas de la aristocracia del país. La religión dominante es el budhismo, que en la ciudad de Pegú tiene el famoso santuario Schomadú que quiere decir *templo de oro*, y cuenta ya 2,300 años de existencia. Las demás poblaciones de alguna nombradía son Rangun, Ava, residencia del rey, y Prome. El pueblo es de temple sumamente enérgico y marcial. En el campo industrial del país figura en primer término los tejidos de seda y algodón, la manufactura de porcelana y platería, cuyos productos son exportados en grandes cantidades á la China. Los habitantes de los valles del bajo Trawaddi, el Pegú propiamente dicho, y que en el día pertenecen á la corona de Inglaterra, son de naturaleza mas dócil que sus vecinos septentrionales.

El primer choque hostil de los birmanes con los ingleses tuvo lugar á principios del año 1824. Videradschi Prau, que habia subido al poder en 1819 y falleció en 1832, sometió el Assam, país de Norte. Parte de los vencidos huyeron con los principales corifeos revolucionarios birmanes á territorio indobritánico, desde donde emprendieron repetidas incursiones al reino de Birma, y como todos cuantos cayeron en manos de los ingleses no quisiesen estos darles libertad, se llenaron los birmanes de coraje. Lograron indisponer los maharatas con los ingleses, y empeñarlos á que hicieran causa común con ellos para escarmentar á los vecinos extranjeros. Reclamaron de estos la cesacion de la Bengalia septentrional; pero como hubiesen recibido una negativa rotunda invadieron el Kadschar, país que se habia constituido bajo la proteccion de la Gran-Bretaña. Lord Amherst, gobernador general entonces, conoció bien pronto el grande peligro que le amenazaba, y así se apresuró á declarar la guerra á los birmanes, guerra que fué dirigida con tal acierto por el general Archibald Campbell, que los birmanes se vieron ya en diciembre de 1825 precisados á ajustar una paz muy desfavorable para ellos. El rey de Ava no quiso dar su aquiescencia al tratado, declarando á los ingleses nuevamente la guerra, la que tuvo principio en 1826; pero al cabo de muy pocas semanas terminó desgraciadamente para los birmanes, lo que tuvo por inmediata consecuencia que estos se vieses precisados á ceder á la grande compañía inglesa de la India una parte bastante considerable del país, acordándola á la vez facultad de nombrar todos los mandarines que bajo su proteccion habian de gobernar los países del Norte.

Desde aquella época se mantuvieron los birmanes muy tranquilos hasta 1832, en cuyo año estalló una nueva guerra dando lugar á ella el innecesario castigo que hubieron de sufrir en 1831 por disposicion del gobernador birman dos comerciantes establecidos en el país, resistiéndose á dar la debida satisfaccion al gobierno británico, así como el mal trato que se dió á su agente. Rompiéronse las hostilidades con el día 1º de abril de 1832 mandando el almirante Austin (que murió del cólera el día 8 del siguiente mes de octubre habiendo sido sucesor suyo el comodoro Lambert) y el general Godwin. Despues de la toma de Martaban en 4 de abril, se apoderaron los ingleses de Rangun, y el 14 de la ciudad marítima de Bassein, situada en el brazo occidental de la embocadura de Trawadi. El 3 de junio sucumbió también Pegú, en cuya ciudad tenían los birmanes sus grandes depósitos. El 7 de julio se hicieron los ingleses dueños al asalto de Prome, ciudad situada sobre el Trasvadi al N. O. de Rangun, y con ella cayó en su poder la famosa pagoda de oro. Abandonada que fué despues la ciudad de Pegú volvieron á ocuparla los birmanes, pero los ingleses la reconquistaron, y el día 20 de diciembre de 1832 tuvo lugar la incorporacion de toda la provincia del propio nombre á los dominios indobritánicos.

El enviado del rey de Birma recibió del gobernador general, marqués de Dalhousie la contestacion concebida

en los términos siguientes: «Mientras que el sol aparezca en su órbita permanecerán estos países bajo el pabellon inglés.» El representante birman manifestó al despedirse que bien se habia maliciado que el resultado de su mision seria este y no otro, y reembarcándose en el *Sesostris* volvió á su país, en donde fué bastante mal recibido.

Revista de la moda.

SUMARIO. — La primavera ocultando las modas. — Del nuevo modo de viajar de los elegantes. — Las berlinas de familia. — Exposicion de la flor de la juventud francesa. — Una invencion inocente. — De las señales en que se conoce á los elegantes verdaderos. — Inauguracion del Círculo de la Exposicion. — Colores á la moda para trajes de vestir y de visitas de campo. — Modas de niños: vestidos para los de seis á nueve años. — De los pantalones que usan estos señoritos. — De cómo se engalanan los de nueve á diez años. — Descripción del figurin de este número.

Muy difícil seria decir donde está la moda; pues la primavera se muestra pertinazmente en traje de invierno, y si tuviese que fotografiar en toda conciencia las modas de hoy, no hablaria mas que de capotes y capuchones impermeables. Sin embargo, el sol se mostró en las últimas carreras de caballos de Chantilly, sin duda para demostrar que todavía existe. En el mundo astronómico se pretende que el sol principia á ser viejo y que toca ya retirada; pero ¿qué será de nosotros si nos quedamos sin sol en París! El sol es la vida, es la alegría, la luz, la hermosura y el amor... Sin sol renunciemos á todo esto.

La elegancia parisiense no sale de la capital para Chantilly, la Marche ó Longchamps sino en berlina de posta con cuatro caballos y postillon delante, pero no aquel antiguo postillon empolvado, galante, bien lleno de cintas y de lazos, sino el verdadero postillon con botas altas, con un gran létigo que no cesa de dar chasquidos un instante, con la insolencia natural que caracteriza al postillon parisiense. Los señores elegantes se apiñan una docena en esas antiguas berlinas de nuestros abuelos que llamaban en otro tiempo *berlinas de familia*. El espectáculo es completo, es una exposicion gratuita y ambulante de la fina flor de la juventud francesa.

Los dandys continúan llevando el peinado á lo serafín, esto es, la raya en medio, y luego los bigotes sumamente finos van retorcidos á la punta con una gracia irresistible; el traje se compone de una levita un poco corta, camisa con pechera muy bordada, chaleco abotonado con ricos botones de piedras y guantes de color de lila. Es de supremo buen gusto el llevar los dos pulgares en los bolsillos del chaleco, postura académica que redondea graciosamente los codos, y da al señorito un aire de pichon ya preparado para entrar en el asador; esta posicion académica se llama *polka*.

Cuando quieren saludar á una señora se ponen un lente en el ojo izquierdo, colocan los dos dedos en los bolsillos y ejecutan un salto hácia adelante tan pronto y tan espontáneo como un monto espantado al verse con una casaca de marqués y un sombrero de plumas. Nada es mas divertido que las pretensiones al buen tono de ciertos elegantes. Inútil es decir que estos jovencitos deben clasificarse entre los muñecos fanáticos del mal género masculino. El verdadero elegante manifiesta siempre buena educacion, y jamás se entrega á tales ridiculeces, sino que deja pasar con desden las extravagancias de la moda, y en ninguna ocasion acepta las novedades por ese estilo. Tan fácilmente se reconoce á un hombre distinguido como á una mujer distinguida; la distincion se descubre en los modales, en el traje, en la voz, en la mirada, en el aire; el hombre no necesita ser hermoso para agradar, pero necesita sí ser distinguido y elegante.

Mis lectores dirán que estoy haciendo aquí un curso de filosofía á propósito de modas, pero á esto responderé que estoy en mi preámbulo, y que dando punto á la digresion entro en materia.

La moda ha inaugurado de un modo espléndido el Círculo de la Exposicion situado en el antiguo hotel de Osmont en el boulevard, frente á la calle de la Paix. Este hotel es muy conocido y muy famoso por la benévola hospitalidad que en él ejercieron en otro tiempo sus nobles dueños; pero ¡ay! aquel salón antiguo, aquel invernáculo, aquellas soberbias fiestas ya no existen; el edificio ha cambiado de fachada al cambiar de dueño y de destino. Ha conservado sí su magnificencia, sus hermosos jardines; pero se ha vuelto una especie de templo cosmopolita, donde cada país enviará sus celebridades respectivas. La inauguracion fué soberbia; las mil personas que visitaban por primera vez aquellas nuevas maravillas conservarán su recuerdo.

Para celebrar dignamente la fiesta se dió un concierto magnífico; un pianista célebre improvisó con su talento de costumbre; Seligman tocó el *Ave Maria*, Chaudesaignes cantó, y por último; para colmo de encanto, salió un poeta. Mery recitó una composicion suya, y esto no fué por cierto el momento peor de la diversion, pues pocas personas tienen el arte de recitar versos como Mery.

Ahora hablemos de modas seriamente. Los paños castaño oscuro y bronceado harán las delicias de los trajes de calle y servirán también para visitas en el campo. El negro inglés y el azul mas ó menos vivo se hallan también muy á la moda.

Pero si las novedades para hombres se producen con mucha cantidad, no sucede así con las que se destinan á

los niños. Dos diferentes vestidos llevan los niños de seis á nueve años; el primero, de negligé, consiste en una pequeña blusa formando saco, muy corta y abotonada derecha sobre el delantero. También se hacen bastantes blusas abiertas sobre el lado, con la circunstancia de que estas deben llevar un cinturón para que vayan fruncidas alrededor. Cualquiera que sea la forma que la den, la blusa debe ir guarnecida con uno ó varios galoncitos cosidos llanos; las mangas son cortas y anchas, género pagoda.

El trajeito de vestir varia considerablemente en el corte, la tela y los adornos. Se hacen muchas chaquetitas ajustadas al talle con faldetas ó sin ellas, cerradas derechas, ó con pequeño chal. Otras, y son las mas modernas, van redondas sobre el pecho y no llevan cuello. En este caso se hacen un poco largas, y por medio de una costura bajo los brazos se indica el talle formando, digámoslo así, una especie de faldeta que cubre las caderas, sin que haya costura al sesgo.

Las chaquetillas redondas que se hacen generalmente de casimir fino ó de cachemira doble, de color azul claro ó verde de corte, llevan á cada lado del pecho cuatro ó cinco alamares formados de dos galones mas ó menos anchos cosidos llanos, conservando entre sí la distancia de un centímetro corto. Este mismo galon rodea la chaquetilla, así como la orla de las mangas, que son muy cortas y van abiertas ya en el codo, ya sobre el brazo.

Se ven también muchas chaquetitas-paletós de cachemira y de orleans. Su corte es sumamente sencillo; por detrás caen derechas sin costura en medio de la espalda; el pegado se hace por medio de una costura bajo los brazos. El delantero cierra derecho, á beneficio de una hilera de botones muy juntos, pequeños y bombeados. Los chalecos de los niños se hacen derechos para ir abotonados hasta la garganta. La tela que mas se emplea en ellos es el piqué blanco. Se llevan largos, con el cuello alto. Los pantalones de estos señoritos tienen muy pocos pliegues, aunque sin embargo son holgados.

Los jovencitos de nueve á doce años llevan la chaquetilla á la inglesa, un poco larga y de pequeño chal, con un chaleco derecho abotonado cuatro ó cinco botones, y un pantalón á lo húsar, con trabillitas.

El chaleco es siempre de fantasía, así como el pantalón, la corbata, la camisa y la gorrita ó sombrero, de modo que estas prendas se pueden variar segun el gusto y el capricho de cada uno. Los guantes de color de lila y el bastoncito de puño de plata son de rigor.

Termino esta revista bien imperfecta con la descripción del figurin de este número.

El primer personaje representa un hombre de veinticinco años con un traje de medio vestir. — La levita es de hermoso paño castaño cerrada sobre el delantero con cuatro botones; el talle es de un largo regular, y los faldones, de poco vuelo, caen á cinco centímetros de las rodillas; el cuello presenta poca vuelta; las mangas son anchas, derechas y con bocamangas.

Sobre esta levita lleva un ligero paletó de lana muselina enteramente forrado de seda con el cuello y las solapas inclusive; los delanteros, que van por lo regular caídos sobre los hombros, solo tienen una hilera de botones. Visto por detrás, su forma es la de los antiguos tweds, aunque no tan ajustado.

Chaleco de popelina dibujo de fantasía, de chal y un poco largo. Pantalón de una tela mezclilla con el mismo ancho por las rodillas que por abajo. Este pantalón se lleva con trabillas ó sin ellas.

Está muy á la moda esta clase de levitas que por lo regular agradan á todos los hombres, cualesquiera que pueda ser su configuración, su edad y su costumbre en el vestir; en efecto, es mucho mas suelto que las cruzadas, y no abotonándola siempre parece bien.

Despues viene un traje de vestir para visitas; frac de paño azul claro y botones de metal, cruzado sobre el pecho con buenas solapas; cuello y solapa aplastados, talle al busto, mangas anchas prolongadas con bocamangas redondas y faldones largos forrados de seda.

Harémos notar aquí que no hay que confundir el frac que constantemente debe ir cerrado con el que puede llevarse abierto, pues son dos géneros muy distintos, y si bien es verdad que ambos pueden tener el mismo empleo, su corte se diferencia mucho en el delantero.

Aquí la forma del chaleco no podria ser exclusiva, puesto que solo se ve muy poco de él, pero no obstante, la moda requiere que sea de seda mezclilla con dibujos ó bordado, y un poco menos largo por abajo que los delanteros del frac.

Pantalón de satín color de perla, cayendo naturalmente sobre el pié, y que puede llevarse con trabillas ó sin ellas.

Con el fin de facilitar la apreciacion de los contornos y de las líneas esenciales hemos puesto en seguida vista por la espalda una levita de calle. Se ve que la anchura de hombros no es extremada, que lleva carteras á lo largo sobre los bolsillos y que los faldones tienen poco vuelo; sin embargo, se les da el suficiente para que encajen bien las caderas.

Aquí se admite un chaleco de valencias fantasía, ó de seda, de grandes dibujos y con pequeño chal corrido.

Pantalón de lana ligera, mezclilla perla y negro, adornado con bandas á los lados, de una anchura ordinaria y sin trabillas.

Nuestra revista de modas elegantes concluye con el trajeito de un niño de seis á siete años; compónese su vestido de una bonita chaquetilla argelina de casimir verde, ribeteada alrededor con un ancho galon de seda cosido llano; sobre el pecho lleva un adorno de fantasía y á cada lado una imitacion de alamares por medio del mismo galon, que también se ve en la orla de las mangas. Nada de cuello ni bolsillos. Los delanteros así como los costados van sisados

bajo los brazos de modo que parecen indicar faldetas; por detrás la chaquetilla dibuja ligeramente los contornos.

Pero estas chaquetas argelinas no se llevan todas de la misma forma; por delante cambian poco, pero por detrás unas son redondas, y otras llevan una abertura con pliegues y botones en el talle; sin embargo, este último género no está tan á la moda como el otro.

Chaleco de piqué blanco muy largo y derecho, con un cuellecito alto.

Pantalon de hilo, color ceniciento mezclilla, de forma casi á lo húsar, esto es, ancho por arriba, y justo y redondo sobre la bota. Cuello de camisa vuelto sobre una corbata muy ligera, y gorrita de valencias con visera.

Vizcondesa DE RENNEVILLE.

Recuerdos de la Bretaña.

LA ISLA DE SEIN.

El viajero que deja tras de sí Pont-Croix y marcha en la direccion del Oeste, pronto se encuentra en el nacimiento de una lengua de tierra que se adelanta á muchas millas en la mar, contanto de la línea de union entre los pueblos de Audierne y Donearneuz. El paisaje pierde gradualmente sus perspectivas risueñas y toma un aspecto pardo y monótono; campos y pastos estériles, algunos árboles raquíticos, brezos y retamas son las únicas señales de vegetación que se encuentran sobre ese vasto promontorio. Sin embargo, en las cercanías de Plogoff, el cuadro cambia de repente; el terreno se hace montañoso y presenta hasta la punta del Raz algunas cuevas cuyos fondos se hallan bien cultivados. Desde estas alturas el ojo puede descubrir entonces por la abertura de la bahía de los Trepassés un horizonte infinito y la magnífica sábana del Océano cuyas orillas por ese lugar se cubren de franjas de espuma al pasar sobre las rocas bajas que forman una calzada continua delante de la costa y en una extension dilatada. Esta parte del litoral armoricano tiene un aspecto silvestre que causa una impresion muy viva. En las orillas se ve una cadena de rocas elevadas, surcadas de profundas grietas, y cuyos cortes singulares producen figuras fantásticas que aumentan el horror del espectáculo. A medida que se adelanta hacia la punta meridional del cabo, el arco descrito por la bahía de los Trepassés se ensancha, y se puede contemplar en todos sus detalles la espantosa pintura de esa costa inhospitalaria. Dentro de la mar y en la marea baja se ven muchos picos de rocas que salen del Océano, donde se cortan las aguas, en tanto que la masa de las corrientes detenida por los bancos submarinos se tuerce en remolinos y abre abismos horribles. En el centro de esta cadena de arrecifes que se prolonga sobre un espacio de muchas leguas delante del cabo, se halla situada la isla de Sein.

Entre las muchas islas diseminadas en las aguas del Iroise, la isla de Sein es una de las mas curiosas é interesantes. Su posicion en medio de un grupo de rocas que parece ser la prolongacion de la isla del Raz, hace conjeturar que debió formar parte de la grande tierra ántes de los tiempos históricos. De todos modos es de una antigüedad muy remota, y las misteriosas tradiciones que se ligan con su historia la señalan alguna importancia. La isla de Sein se recomienda hoy por la fisonomía y las costumbres de sus habitantes. Nuestros lectores no hallarán á mal que visitemos este reducido rincón de tierra que en todo tiempo ha causado el espanto de los navegantes, y que por esta razon es poco conocido de los viajeros.

Nos dirigimos pues á Lescof, pequeña aldea situada sobre la meseta que domina la extremidad Norte de la bahía de Audierne con la intencion de meternos en una lancha de pescadores. El lugar de embarque de Lescof se halla en Bestrée, pequeña ensenada en forma de gruta mas abajo de la aldea que sirve de refugio á los pescadores. La distancia de la isla á la tierra firme es de unas tres leguas. Esta navegacion se halla erizada de peligros, y hasta los marinos mas valientes no atraviesan sin terror el estrecho de Raz.

Tuvimos la suerte de encontrar en Bestrée un bonito sloop cuyo barquero nos pareció familiarizado hacia tiempo con todas las dificultades de semejante travesía. Aparejamos al amanecer, y favorecidos por una brisa Sudeste corrimos hasta el nivel de la punta de Gorleic, donde esperamos la marea. Teniamos entonces á nuestra derecha las altas rocas á pico de la costa cuyos flancos se hallaban erizados de rocas de formas extrañas, y el Gorleic, roca enorme que jamás se cubre de agua. Una gruta profunda se hallaba delante de nosotros, y nuestro sloop, al evitar el viento se acercaba á la boca de ese golfo en medio de la espuma de las olas cuyas ondulaciones prolongadas corrian á romperse en el fondo del abismo con un estrépito terrible. En la gruta habia una porcion de delphinés que veíamos brincar y perseguir su presa en el seno de aquel caos espantoso.

Al fin pasamos entre la punta extrema del Raz y el Gorlegreiz (Roca de en medio) que en ningun tiempo se cubre. La mar estaba horrible y la corriente nos arastraba con mucha fuerza. Cada ondulacion de la mar

nos cubria de espuma y nos hacia correr el riesgo de quedar sumergidos. Sin embargo, logramos atravesar el paso del Raz. El viento nos llevaba hacia la punta occidental del Tevenec, meseta de rocas que tiene poco mas de una milla de extension del Sudeste al Nordeste. Descubrimos á nuestra derecha toda la bahía de Trepassés, cuya costa escarpada se halla cortada en minaretes y forma mil singularidades arquitectónicas. El nombre de esta bahía (Trepassé quiere decir *Difunto*) pinta muy bien el aspecto sombrío de esa costa. Al otro lado de la punta del Raz descubrimos el rechazo de las olas que se quebraban con furor contra la boca de una gruta llamada el Infierno de Plogoff cuyo contorno tiene unos 100 metros de circunferencia. La mar se precipita allí con un mugido espantoso. Una nube de espuma se destaca sobre los flancos sombríos de la roca; las olas á su salida de la gruta producen un fenómeno de acústica imposible de describir. Todos los horrores sublimes de la mar se hallan reunidos en esa bahía y hacen concebir las creencias supersticiosas que abundan en la comarca.

Pasamos la punta del Van que forma la extremidad septentrional de la bahía de Trepassés y nos encontramos en frente de la bahía de Douarnenez. Una brisa favorable cambió nuestra direccion y nos permitió entrar en el canal de Ar-Vas que conduce á la punta de la isla de Sein por la direccion del Tevenec. Este banco es un conjunto de rocas, en cuyo centro se eleva el Gran Tevenec que tiene la forma de un islote cónico y en su longitud de un décimo de milla. La cúspide de este cono se halla á diez metros sobre el nivel de la mar en la marea baja; en este islote se pesca la langosta, y por este motivo se halla muy frecuentado por los pescadores. En la punta Norte de esta roca se encuentra el Ar-Forn (el Horno) que se cubre y se descubre 6 metros en las mareas bajas; al N. N. O. el Moudenou elevado 7 metros sobre las mareas mas bajas, y al S. S. O. la Basse Plate (Ar-Vas) cuya cúspide solo tiene un pie sobre la marea baja. Toda esta meseta, pero sobre todo el extremo occidental, es sumamente peligroso para los buques en los recios temporales.

El canal de Ar-Vas que pasa por la isla de Nerroth, tiene en su direccion el Men-Brial, que es el punto mas culminante de la isla de Sein. Nerroth es tambien un conjunto de peñascos y se presenta bajo el aspecto de un islote; con la parte de la isla de Sein que se llama Ar-Gador (la Silla) forma una pequeña dársena que sirve para abrigar las barcas de los pescadores.

Por último, despues de una navegacion dificultosa y venciendo muchos peligros y fatigas, llegamos á la isla de Sein y tomamos tierra en Men-Brial. De esta altura distinguimos la aldea de Sein que se extiende á la izquierda y casi hacia el medio de la isla. Compónese de unas cuarenta casas cubiertas unas de pizarra y otras de paja. Una muralla de piedra rodea el pueblecillo y le preserva de la inundacion en las altas mareas, pero este dique es insuficiente y suele suceder que las olas se estrellan contra la muralla y entran en las habitaciones. Las casas son pequeñas; algunas tienen piso alto y se hallan sólidamente construidas para resistir al viento Sudoeste que sopla con fuerza. La longitud de la isla es de siete millas del Este al Oeste, sus orillas son inabordables por las peñas, y su mayor altura sobre el nivel del mar es de quince á veinte piés. Se encuentran en la costa rocas graníticas cuyas orillas están gastadas y redondas por el embate de las olas. Un cerco de guijarros rodea toda la isla y su aglomeracion resguarda esa porcion de tierra de la invasion de las aguas en tiempos ordinarios.

El aspecto general de la isla es blanquecino á causa de la arena blanca y de las rocas que se han vuelto cenicientas por los líquenes y el guano que existe allí en bastante abundancia. Se supone que la isla está sentada debajo del nivel general del Océano; este fenómeno que algunos navegantes han creído observar en otros puntos del Océano es uno de los que la ciencia no ha explicado bien aquí y que por consiguiente permanece aun envuelto en el misterio. Sin embargo, debemos añadir que con respecto á la isla de Sein ningun hecho concluyente demuestra la exactitud de esa suposicion.

A la extremidad Este de la isla se encuentra Kelourou, islote que se une con la isla principal por una lengua de guijarros en forma de dique. El puerto se halla situado en la punta oriental; su fondo es de arena fangosa mezclada de casquijo y cubierta de algas. Los únicos surcos de tierra vegetal que se encuentran en la isla están entre el puerto y la punta Ar-Gador; en los demás puntos la vegetacion desaparece completamente. Por diferentes partes distinguimos columnas de humo que se elevaban en los aires, y supimos que eran producidas por la combustion del fuco que constituye una de las principales industrias de los habitantes.

Nuestra llegada pareció ocasionar cierta emocion en el pueblo. Hombres y mujeres corrian á sus puertas para vernos, y su asombro demostraba lo poco acostumbrados que se hallan á visitas de forasteros. Me sorprendió la expresion varonil y enérgica que se notaba en todas las fisonomías; sería imposible encontrar una muestra mas pura de la antigua raza céltica. Las mujeres participan de esa rudeza, y aunque no son bonitas, tampoco se hallan desprovistas de cierto atractivo. Visten como las mujeres del Cabo, esto es, llevan papalina de lienzo muy alta, justillo y zagalejo de lienzo. Los hombres gastan el calzon breton y el gorro de lana de los catalanes. Su industria principal es la pesca. El cultivo de la tierra, que entre ellos tiene poca impor-

tancia, se halla reservado exclusivamente á las mujeres, asi como la preparacion de soda de fuco, de que hablaremos mas adelante.

La poblacion de la isla de Sein compone una sola familia cuyos miembros se ligan entre sí; no conoce ninguna ley francesa y se gobierna en virtud de sus hábitos locales.

Estos afortunados insulares han realizado allí la reparticion por partes iguales, esa quimera que intentan aplicar á nuestras sociedades corrompidas utopistas insensatos. Consideran la tierra como patrimonio de todos, y cada familia tiene su porcion. Cuando se casa un hijo, se divide la hacienda de la familia, de tal manera, que cada miembro tenga un día una parte proporcionada en la herencia paterna. Desde luego se conoce adonde conduce ese sistema de reparticion indefinida, llega á la destruccion de la agricultura por la extremada division del territorio, sobre todo en un país en que la propiedad rural se halla tan limitada como en la isla de Sein. Sin embargo, hasta ahora este régimen parece no ha presentado graves inconvenientes; pero la poblacion hasta aquí muy limitada, llega hoy á un desarrollo que aumentará el progreso de los nacimientos fuera de toda proporcion con la propiedad territorial, y esta circunstancia señala de antemano el fin de un régimen cuyo principio es perjudicial por esencia á la produccion agricola, y cuya aplicacion ilimitada es absurda prácticamente. Lo que acaba de hacer á este rincón del mundo una verdadera tierra de promision aun para los utopistas, es que allí se desconoce toda contribucion pública; ni la aduana ha pensado jamás en comprenderle en sus líneas fronterizas, y debemos decir que los libres cambistas de la Gran-Bretaña no dejan de traficar sin escrúpulo con los habitantes por el producto de la pesca.

Fuimos recibidos con mucha cordialidad por uno de los principales habitantes de la isla, antiguo marino que, en virtud de la confianza de sus conciudadanos, llena en el país un cargo que participa á la vez de las funciones del alcalde y del juez de paz. Este respetable magistrado reboaba de júbilo al encontrarse entre nosotros con uno de sus compañeros en la segunda expedicion de Dumont de Urville al rededor del mundo, y este buen encuentro nos valió un recibimiento de los mas afectuosos. Quiso que fuéramos á su casa y nos ofreció enseñarnos al otro día todas las particularidades de la isla.

Para el día siguiente, resolvimos hacer un reconocimiento completo de la isla guiados por el marino. Visitamos primeramente la llanura ó el interior, donde se notan dos monolitos muy toscos, especie de obeliscos informes, colocados verticalmente en el suelo. No se sabe á ciencia cierta cual fué el destino de estos monumentos célticos, muy comunes en la Bretaña; se ignora si figuraban ídolos, si servian de piedras tumulares ó si eran una conmemoracion de algun acontecimiento ó de algun personaje. Los que se conservan en la isla de Sein no tienen nada de particular, ni como tampoco las otras piedras druidicas que allí encontramos.

Hemos dicho que la soda de fuco es uno de los principales recursos de los habitantes de Sein. Esta fabricacion se opera por medio de procedimientos groseros: las mujeres cogen el fuco en la marea baja y le ponen á secar al sol; capas inmensas de esta planta llenan la tierra y mantienen en el aire nauseabundos vapores. Cuando la planta está bien seca la arrojan en un hoyo de unos 30 centímetros de profundidad sobre dos metros de largo, donde hay practicados compartimientos separados que la reciben; entonces prenden fuego á la masa y la dejan consumirse hasta que se reduce á ceniza. Hecha esta operacion arrojan agua del mar en el hoyo, y de nuevo dan fuego, con el fin de obtener en vez de cenizas una masa salina dura y compacta, medio fundida que recogen en pilones y que venden así bajo el nombre de soda en bruto ó soda de piedra. Estos productos son muy defectuosos y dan poca soda de buena calidad; desde luego están lejos de igualar á los de Cartagena y Alicante. Debemos añadir que la preparacion de las sodas artificiales por el procedimiento de M. Leblanc ha hecho perder á este género de fabricacion mucha de su antigua importancia. Estas sodas naturales se emplean en la fabricacion del iodo, sustancia preciosa para la medicina, y que se emplea mucho tambien en la preparacion de las placas para los retratos al daguerreotipo.

Existe un crecido número de estos hoyos, y el lector podrá formarse una idea de la actividad de esta industria por los beneficios que reporta á sus habitantes; el producto anual de esta fabricacion asciende á treinta ó cuarenta mil frs.

En la punta Norte de la isla se eleva un faro, á cinco millas y media de distancia del del Bec-del-Raz. Estos dos faros vistos el uno por el otro dan la direccion de la calzada de Sein, larga cadena de arrecifes que se descubren y entran en la mar hasta nueve ó diez millas. ¡Ay del buque impelido sobre esa costa por el viento Sudeste! su pérdida es segura. No lejos del faro hay una capilla modesta bajo la invocacion de San Corentino, santo que está en la mayor devocion entre los habitantes del distrito de Quimper.

El suelo tiene en esa parte de la isla la apariencia de una erupcion volcánica, no se ve una flor ni un arbusto. Sin embargo, cerca de la aldea se descubren algunos campos de remolacha, y tambien se recogen algunas patatas de excelente calidad aunque



La isla de Sein.

de una especie diminuta. Los únicos pastos que consisten en yerba raquílica que permiten criar algún ganado se encuentran en el islote Kelourou ya mencionado. Aquí vimos algunas vacas de pobre apariencia que sorprendidas por la marea se echaron valerosamente a nado, y esta retirada se efectuó en tan buen orden, que nos confirmó la frecuencia de esas inundaciones y el hábito de esos animales para sustraerse á ellas.

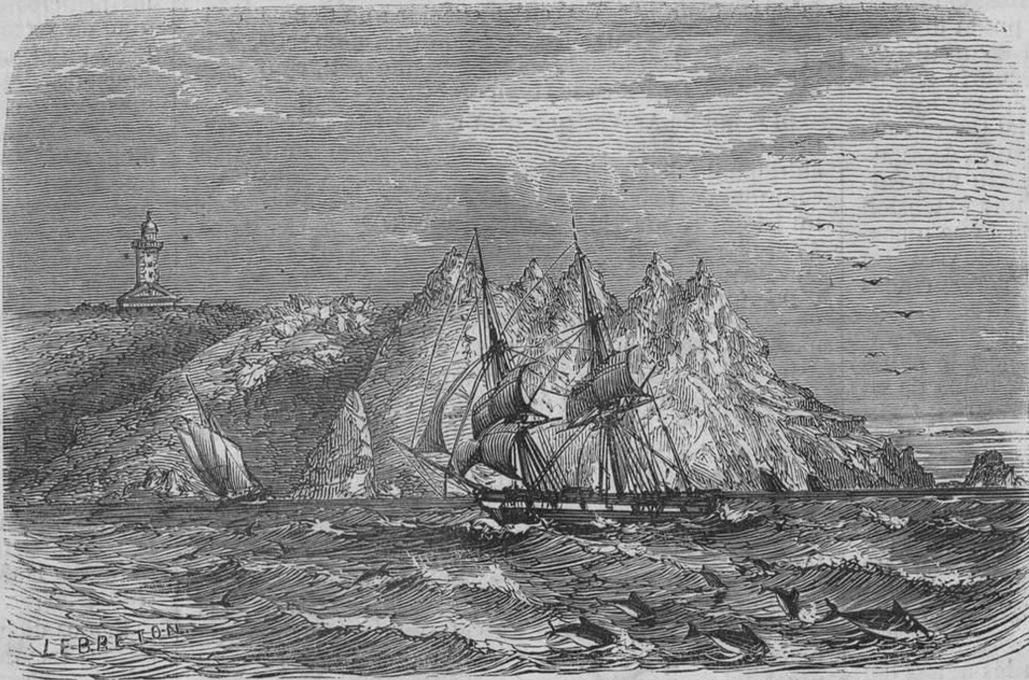
La pesca es la principal profesión de los habitantes de Sein, y deberíamos decir su profesión única, pues en la isla no se conoce otra cosa; no existe un solo obrero en el país; todos los trabajos se ejecutan en familia según la experiencia de los antiguos. Estos buenos pescadores profesan el desprecio más profundo hacia las artes industriales, y creerían degradarse consagrándose á otro oficio que el de la mar. Nuestro guía nos contaba sobre este punto que uno de los suyos salió de la isla y se alistó en la artillería de marina, pero que también cuando volvió, concluido su servicio, le recibieron tan mal porque había seguido una carrera que, según decían, tenía tan pocas relaciones con la profesión de marino, que el desgraciado tuvo que expatriarse y pasar el continente. La asociación es la base de esta pequeña república en miniatura, pero debemos decir que las costumbres y la probidad de los asociados favorecen admirablemente este sistema. El producto de la pesca se pone en común y se reparte por el alcalde, sin que jamás esta repartición suscite ningún descontento, tan grande es el respeto que allí tienen á las decisiones del magistrado á quien consideran como el patriarca de la pequeña colonia.

Durante mucho tiempo los pescadores de Sein se consagraron exclusivamente á la pesca del congrio, etc. y una parte de esta pesca la secaban al sol y suministraba un lucrativo artículo de exportación para la España y todo el Mediodía. Desde hace algunos años pes-

en medio de sus peñascos, pero sus costumbres no se han corrompido como podría creerse con la llegada de su fortuna. Viven en una ignorancia completa de los usos, leyes y adelantos de la Francia, pero ignoran también sus vicios, sus dispendios y preocupaciones. Sin embargo, un generoso patriotismo los une con la Francia que recuerdan que en una época en que su colonia era pobre, el Estado les mandó viveres á fin de combatir el hambre en el invierno. Esta deuda de gratitud con el país la han pagado noblemente salvando repetidas veces del naufragio á varios buques franceses arrojados sobre sus costas. Todos los buques que necesitan auxilio los encuentran siempre prontos. En 1835 el buque inglés *Bellissima* arrojado sobre los arrecifes estaba á punto de perecer cuando los valerosos pescadores de Sein lograron arrancarle á una muerte segura.

La instrucción no es común en la isla; hay pocos en ella que sepan leer y escribir; pero la ignorancia no es perniciosa sino en el seno de una civilización adelantada, y el estado de la colonia apenas presenta los primeros rudimentos de una sociedad. Es muy dudoso que la instrucción proporcionara algunos gozos á hombres cuyo placer supremo es arriesgar los peligros del Océano. Al contrario se podría temer que los apetitos desordenados que engendra una enseñanza mal combinada é imperfecta, les arrebatara esa sencillez de costumbres que les hace permanecer sobre las rocas desiertas en detrimento de las poblaciones que alimentan con su industria, y de los naufragos en cuyo socorro vuelan con una abnegación digna de toda alabanza.

L. R.



La punta del Raz, por el lado de la bahía de los Difuntos.

can también la langosta que tiene excelente salida para Southampton y Plymouth. Muchos buquecillos ingleses cruzan continuamente por la costa, en busca de esa pesca. Se asegura que este comercio le da á la isla un producto anual de 10,000 frs.

Gracias á su activa industria, los habitantes de la isla de Sein han sabido crearse una existencia cómoda

titos desordenados que engendra una enseñanza mal combinada é imperfecta, les arrebatara esa sencillez de costumbres que les hace permanecer sobre las rocas desiertas en detrimento de las poblaciones que alimentan con su industria, y de los naufragos en cuyo socorro vuelan con una abnegación digna de toda alabanza.



Faro y calzada de Sein.



Fabricación de la soda.